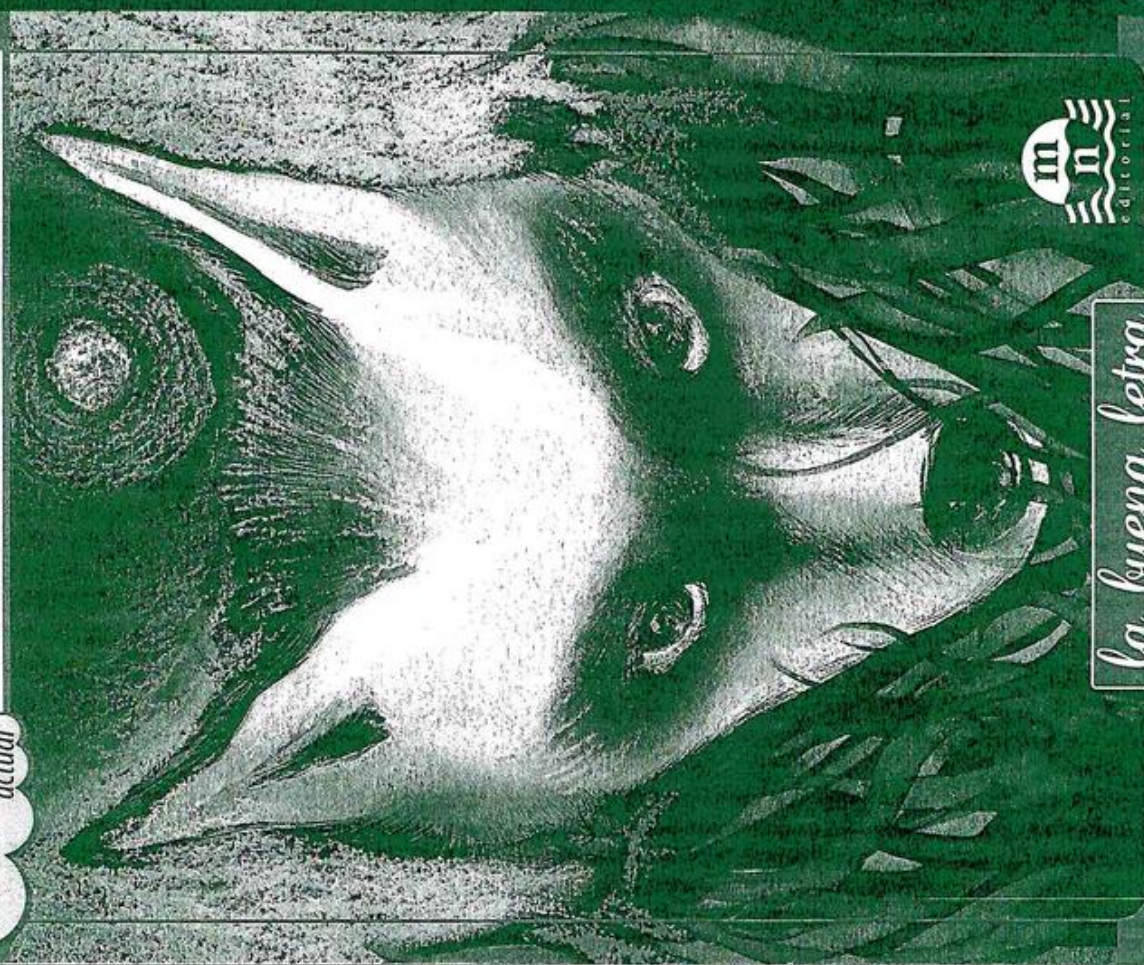


Fantasmas de mediodía

JAIME HERRERA D'ARCANGELI

Ilustraciones de Claudia Blin

Literatura
actual



la buena letra

FANTASMAS DE MEDIODÍA

JAIME HERRERA D'ARCANGELI

Ilustraciones de Claudia Blin

Colección

la buena letra



Colección: La buena letra
Dirección editorial: Gloria Páez
Editor: Héctor Hidalgo
Ilustraciones: Claudia Blin
Portada de colección y diseño: diseño i punto



Es una marca registrada de MN Editorial Ltda.

© Jaime Herrera D'Arcangeli
© 2011, MN Editorial Ltda.
Avda. Eliodoro Yáñez 2416, Providencia, Santiago, Chile
Teléfono: 2335101
e-mail: promocion@mneditorial.cl
web: www.mneditorial.cl

Primera edición: 2011
N° de inscripción del autor: N°189.59
N° de inscripción editorial: 204.247
ISBN: 978.956.294.303-1

La presentación y disposición de la obra son propiedad del editor.
Reservados todos los derechos para todos los países. Ninguna parte
de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o
transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este
electrónico, fotocopia o cualquier otro, sin la previa autorización
escrita por parte de los titulares de los derechos.

Impreso en Chile por Salesianos Impresores S.A.

1

Fantasmas de mediodía

—**A**púrense, que ya van a ser las doce —nos recordó Lina.

Junto a Tristán corrimos a encaramarnos al peral viejo. Era un domingo de cielo alegre, sin una sola nube. En las hojas, aún brillaban algunas gotas del rocío de la mañana. Arriba, en lo más alto del árbol, nuestra casita de tablas nos estaba esperando.

No éramos sus primeros ocupantes. Antes había sido de mis tíos y de mi papá, pero la abuela Ana jamás quiso tirar la casa del árbol. Decía que era para los nietos.

Esos éramos nosotros: la prima Lina, mi hermano Tristán y yo, que me llamo Pedro. Todos los

domingos vamos a almorzar a la casa de los abuelos y nos subimos al peral, trepando por una escalerilla hecha de tablas, mientras los adultos preparan la comida. Dicen que tenemos un club secreto.

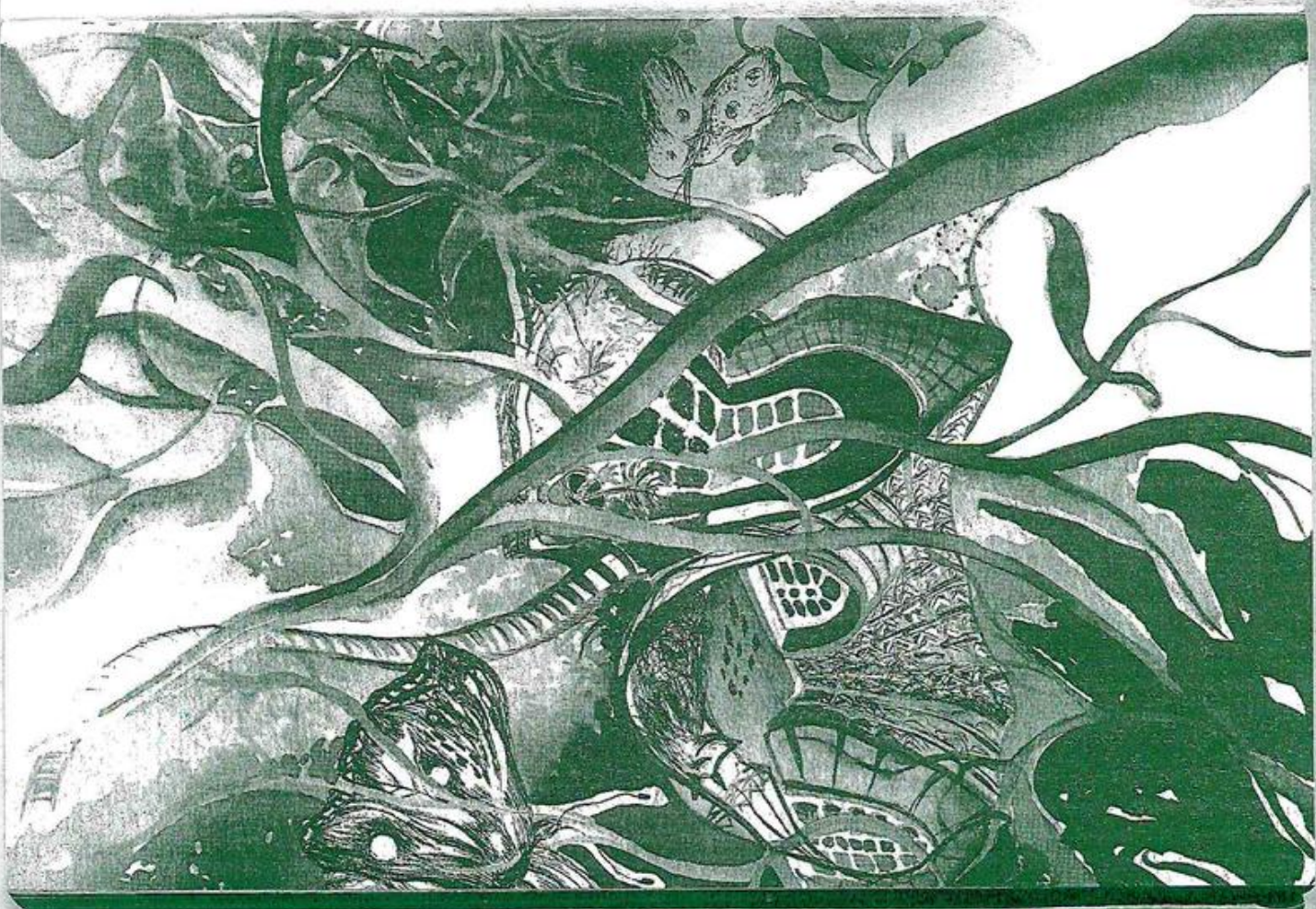
Es verdad: tenemos uno. Cada semana, a mediodía, nos juntamos para contar historias de terror, de fantasmas y de mucho espanto.

No se trata de que seamos muy valientes. Lina les tiene pánico a las serpientes y a las arañas; a mi hermano chico Tristán le da mucho pavor el cuco y los vampiros que salen en la tele, y yo, bueno, le tengo miedo a un montón de cosas, pero como sólo tengo 11 años no me da vergüenza confesarlo.

Sin embargo, por muy miedosos que seamos, nos encantan las historias de fantasmas y los relatos espeluznantes. Cuando se cuentan en día claro, a plena luz, no dan tanto susto.

Lina siempre ve películas de terror, así que nunca le falta material para sus historias y a Tristán, que es muy bueno para leer, tampoco. A mí me cuesta más ganarme la bolsita de chocolates que se lleva de premio el que cuente la historia más fantasmagórica de la semana. Pero le pongo empeño.

Lina, por ser la mayor, siempre es la que comienza, y hoy no podía ser diferente. Nos avisó que tenía preparado algo súper especial.



—Aunque les iba a contar la segunda parte de “El quejido de la Momia”, mejor lo dejo para la próxima semana, porque quiero que sepan lo que le ocurrió a Solange, una amiga mía del colegio.

—¿Y qué le pasó? —detrás de sus lentes, los ojos de Tristán brillaron como dos luciérnagas enormes.

—Ya lo van a saber —sonrió Lina, misteriosa, jugando con su trenza rubia.

—¿Cómo se llama tu historia? —pregunté.

—“Arráncame el corazón”, contestó mi prima.

Sonaba bien el título. Nos acomodamos lo mejor posible, sentados en el suelo de la casita, y Lina, cruzando las piernas, empezó su relato.

2 Arráncame el corazón

Por Lina

Solange estaba acostumbrada a ser hija única, y no le hizo mucha gracia cuando sus papás le dijeron que iba a tener un hermanito. Aunque le regalaron una muñeca nueva y le dijeron que era de parte de ese hermano (o hermana) que venía viajando desde el cielo, ella sabía que los bebés venían de la panza de las mamás.

¿Cómo iba a ser la vida ahora que tendría que compartir a sus papás con alguien? Solange pensó que no se iba a acostumbrar nunca. No es que pensara que la iban a querer menos, nunca tan tonta, sólo que ya no iba a ser la única. Y sus amigas reclamaban siempre que tener hermanos chicos era un

fastidio. Las hermanas te sacaban las cosas y los hermanos te las rompían. No había por dónde ganar.

Para no preocupar a su mamá, Solange se ofreció para ayudarla a decorar la pieza del bebé y aunque era muy mala para tejer, se puso a hacerle un chalequito amarillo, pero se le corrieron casi todos los puntos. Bueno, lo que importaba era la intención. La mamá se puso cada vez más gorda y tuvo que guardar cama, porque el médico dijo que debido a su edad, el embarazo podía presentar problemas. Sus papás le hicieron caso, porque desearan mucho ese bebé.

Una tarde, Solange llegó del colegio y sorprendió al papá acariciando la panza enorme de la mamá y riéndose porque él o ella daban pataditas.

—¡Va a ser seleccionado de fútbol! —gritó el papá.

—O campeona de kick boxing —sonrió la mamá.

A Solange le dieron vergüenza sus celos. ¿Por qué no podía estar igual de feliz?

Esa noche tuvo un sueño muy raro. La luz entraba a raudales por la ventana del comedor y un niño vestido con una polera de rayas verdes estaba apoyado en la baranda de la ventana, mirando el jardín.

—Es todo tan bonito afuera. Y hay tan poco tiempo —dijo el niño.

—Por qué dices eso. Si todavía no naces —opinó Solange, pensando que ese niño era su futuro hermano.

El niño se dio vuelta. El sol pegaba tan fuerte que costaba distinguirlo bien la cara.

—Por favor: arráncame el corazón —le pidió, sujetándole el brazo con una mano helada—. Está tan oscuro aquí.

Solange se despertó, muy asustada. Eran las dos de la mañana. La hora de las brujerías, decía siempre su tía abuela Amelia, que vivía en el campo. La hora en que las brujas salen a volar convertidas en pájaros y los espíritus visitan los sueños de los vivos.

Pero su hermano todavía no nacía. ¿Cómo iba a poder hablarle en sueños? Seguro era sólo su imaginación.

Al día siguiente, sus papás llegaron con los resultados de la ecografía desde el centro médico. Estaban esperando un niño.

Solange se acordó de su sueño tan raro, pero no les dijo nada. Y menos esas palabras tan curiosas: "Arráncame el corazón". Las anotó en su diario de vida para no tener que recordarle más, o tal vez para no olvidarlas nunca.

Tres meses después nació Fele, su hermano. Siempre decían que los recién nacidos eran hermosos, pero Solange pensó que en realidad eran todo lo contrario. Fele estaba todo colorado y arrugado, con un copete de pelo negro en la cabeza, parado igual que el de un puercoespín. A los papás no les importó nada: estaban felices con su bebé. Hasta lo dejaron cargarlo un poco. Fele se comía los puños del trajecito con su boca sin dientes. Se notaba que iba a ser un tragón.

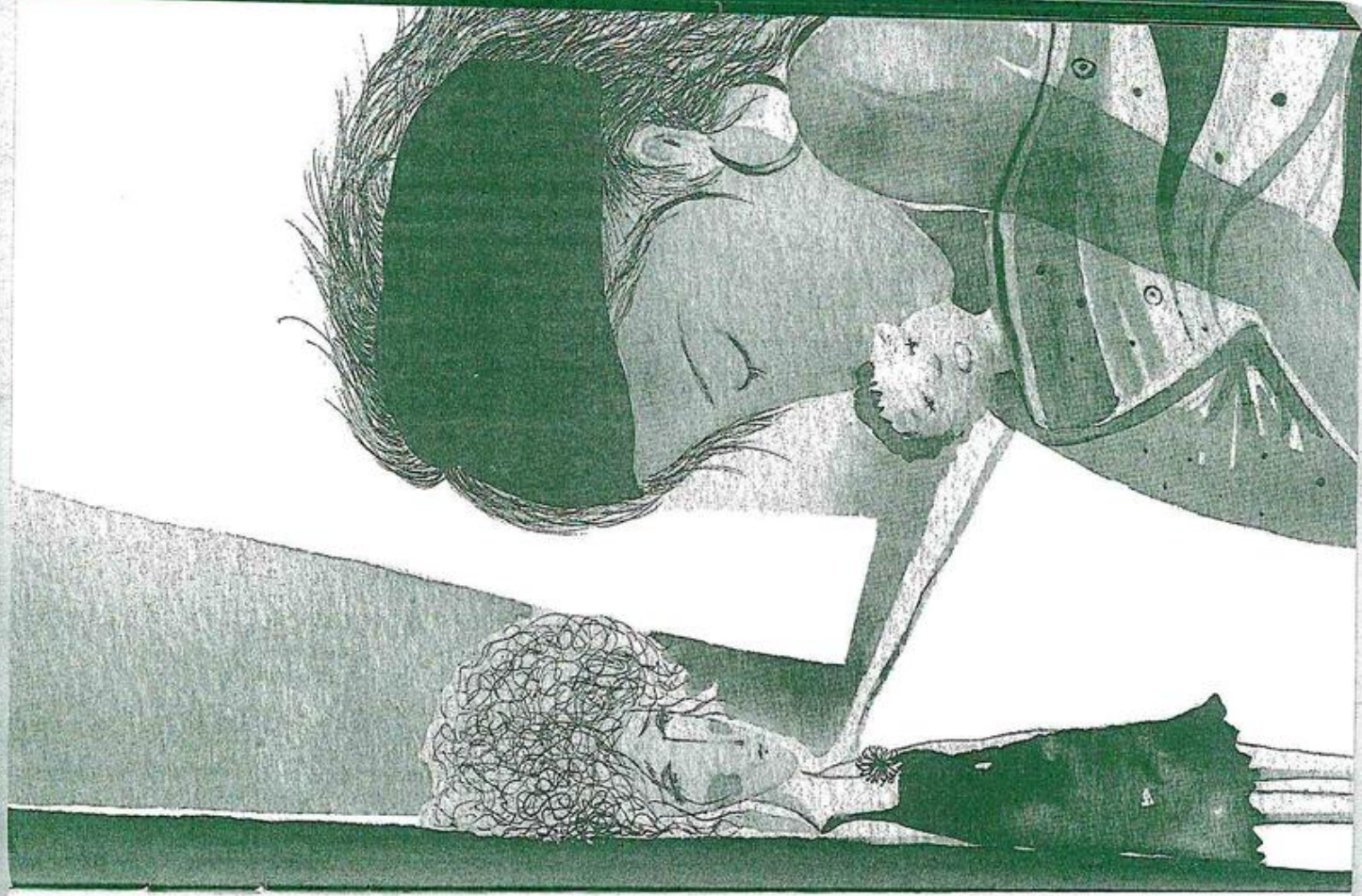
¡Y cómo lloraba por las noches! Ya nadie pegaba un ojo en la casa. Las amigas habían tenido razón y los hermanos eran una calamidad...

Pero unos meses después todo cambió. Fele ya no estaba tan rojo ni arrugado y como le habían cortado el pelo, su cabecita lucía ahora una pelusilla color castaño.

Solange se había recostado en la cama de la mamá para estudiar y, de pronto, se dio cuenta de que Fele había despertado de su siesta y la estaba mirando con mucha atención.

—Te está conociendo —afirmó la mamá, ordenando juguetes.

Solange se acercó un poco más a su hermano. Éste levantó un poco su manito. Y le acarició la cara. Y enseguida vino lo más maravilloso: una ri-



sa, llena de gorgoritos. Eso bastó: Su corazón se llenó de amor para con su hermano chico. Muy contenta, Solange aceptó orgullosa ser la madrina de bautismo de Fele, quien chilló y escandalizó todo lo que pudo cuando le mojaron la frente en la pila bautismal.

Se notaba que Fele no sabía cómo quedarse callado. Eso ya no importaba. Tener un hermano no era la pesadilla que sus amigas decían. Era entretenido. Y a medida que Fele crecía, lo fue cada día más. Le gustaban los dinosaurios y los superhéroes, echarse piqueros en la pequeña piscina del patio en el verano y competir con ella para ver quién se comía más rápido un choco caliente con mantequilla.

Y jugar a los porqués.

—¿Por qué ya no hay más dinosaurios? —preguntaba Fele, mirando muy serio los que adornaban la tela de su pijama arrugado.

—A ver, ¿por qué crees tú? —respondía Solange.

—Porque eran más buenos para comer que yo y un día fueron todos juntos a una fiesta y comieron tanto que reventaron —contestaba Fele de un hilo y ambos soltaban la risa, al mismo tiempo.

La sonrisa de Fele siempre lo iluminaba todo. En su primer día en el kínder, Solange lo encontró nervioso y como hacía un poco de frío, le entregó

un par de mitones azules de regalo; en cinco años, por fin había aprendido a tejer.

Fele se fue feliz a clases y volvió afirmando que le encantaba el colegio. Lo pasaba muy bien ahí.

Esa fue una de las cosas que más echó de menos cuando no pudo ir más. Un día, llamaron por teléfono de la escuela porque Fele se había caído al suelo mientras jugaba, por causa de un dolor fuerte en el pecho. Los exámenes dijeron que su hermano presentaba una malformación cardíaca que había tardado en manifestarse, pero que no dejaba al corazón funcionar con normalidad.

—Los médicos dicen que eso puede influir en su desarrollo mental y físico. Y tal vez, él no lo gre...

El papá estaba pálido y no terminó la frase. La mamá salió corriendo del living con un portazo. Nunca le había gustado que la vieran llorar. Solange la completó en su mente: "Sobrevivir".

Y aunque ya casi tenía 14 años, y fuera algo egoísta, tuvo miedo de quedarse otra vez sola. Fele no se daba cuenta de nada. ¿Para qué preocuparlo? Era sólo un niño chico. A partir de ese día, Solange se sorprendió varias veces escudriñando la cara de su hermano. Fele se veía igual que siempre, pero le habían recetado remedios y poco deporte.

Poco tiempo después, lo sacaron de la escuela porque se cansaba demasiado. El quería seguir yendo, pero le estaba costando demasiado y, además, ya no podía hacer muchas cosas con los otros niños. Se empezó a hablar de la posibilidad de un trasplante. Al parecer, una niña se había sanado de esa forma.

Sin un nuevo corazón, su hermano no podría vivir.

—¿Si me cambian el corazón ya no los voy a querer más? —se asustó Fele.

La mamá lo abrazó y lo besó, riendo, y le explicó que el corazón, aunque importante, sólo era un órgano del cuerpo y los sentimientos se llevaban en el alma.

Fele se rió también. Aún no había perdido la capacidad de reír.

Ésta comenzó a desaparecer meses más tarde, cuando tuvo que guardar cama. Un día, Fele estaba mirando por la ventana y comentó, con nostalgia: "Es todo tan grande afuera".

Después de tantos años, Solange se acordó del niño de su sueño. Ahora sabía que ése no era Fele, pero le había pedido que le arrancara el corazón, como si éste le doliera. Alguien, en alguna parte, tenía un corazón para su hermano. ¿Serían capaces de encontrarlo a tiempo?

Ese año, Solange no tuvo fiesta de cumpleaños y no le importó. Sabía que sus papás tenían la mente en otras cosas. Las medicinas, el inhalador para Fele, al que le costaba bastante respirar ahora, y las llamadas y visitas al hospital, para ver si había surgido algún donante. De todos modos, su amiga Trini le hizo una once en su casa. Y hasta invitó a Nico, el niño de los ojos verdes que le gustaba un poco. La mamá de Trini le hizo una torta y se la decoró con 14 velas.

—Pide un deseo —le dijeron.

Solange sopló las velas con mucha fuerza y nadie le preguntó qué había pedido. Todos sabían.

Cuando volvió a la casa, se enteró que a Fele se lo habían llevado al hospital, porque presentaba síntomas de asfixia, pero que ahora estaba mejor, ya que lo habían conectado a una máquina. Pudo ir a verlo al otro día, temprano. La máquina era enorme, con muchos tubos. Su hermanito parecía muy chico al lado. Estaba despierto, y le sonrió cuando la vio entrar. Pero esa sonrisa era muy distinta a la de antes: era una sonrisa de despedida.

Se tomaron de las manos, un rato largo. Los papás habían salido para hablar con el médico.

—¿Por qué la gente a veces se muere, Sol? —preguntó Fele, con voz débil.

—¿Por qué crees tú?—Solange sintió que le picaban los ojos.

—Porque el niño Jesús quiere que vayan a jugar con él en el cielo—contestó su hermano. Seguramente tenía pensada la respuesta hace tiempo.

—Sí, eso debe ser—dijo ella, haciendo esfuerzos para no llorar. Fele no necesitaba eso ahora.

Pudo hacerlo después, tranquila y a solas, en los jardines del hospital. Los doctores le pronosticaban pocos días de vida. Su corazón iba a ir apagándose poco a poco y tal vez fuera mejor así, dicián, porque Fele nunca iba a tener una vida normal. No había aparecido ningún donante.

“Ojalá yo pudiera sacarme el mío”, se lamentó Solange. ¿Por qué los corazones no vendrían en pares? Se limpió los ojos... Y de pronto vio al muchacho. Tendría unos ocho o nueve años y estaba de pie, junto al letrero de la entrada. Era delgado y de pelo negro, muy corto. Su polera, de mangas largas, tenía rayas verdes. Ella había visto antes una polera así, en un sueño.

El niño no dejaba de observarla fijo, como si quisiera comunicarle algo con su mirada penetrante. Inesperadamente, levantó una mano y se tocó el pecho, en el lugar donde estaba el corazón. Pero en ese instante, su mamá apareció buscándola y

cuando Solange volvió a mirar, el chiquillo ya no estaba.

Esa tarde se fue sola a su casa. Sus papás no querían apartarse de Fele ni un segundo; para ellos cada minuto era valioso porque podía ser el último.

Ella estaba acostumbrada a viajar en micro. Le habían pedido que regara las plantas y le diera comida al canario de Fele. Al menos, eso sí podía hacer por él. Se sentía una completa inútil. Un poco más adelante, descubrió sentado al muchachito del hospital. ¿Cómo sus padres lo dejaban viajar solo en el microbús? Era muy chico aún. El niño giró la cabeza, le sonrió y se puso de pie para bajar. Habían llegado a un paradero. Cuando estaba a punto de salir, el muchacho le hizo un gesto con la mano, como diciendo, “Sígueme”.

Guiada por un impulso, Solange se puso de pie, pero la puerta se cerró de golpe y el microbús volvió a partir. Por la ventanilla, vio al chico parado en la vereda. Seguía mirándola fijo. Se notaba que tenía muchas ganas de hablar con ella.

Solange apretó varias veces el timbre, nerviosa, hasta que el microbús por fin frenó. Se bajó de un salto y corrió hacia el paradero. El niño ya no estaba. Pero un poco más allá, en medio de una plaza de juegos, lo descubrió esperándola. Ahora podrían

conversar y saber qué quería. No alcanzó a caminar dos pasos, cuando el muchacho se puso de nuevo en movimiento. Otra vez le hizo el gesto de que lo siguiera.

Aparecieron casas y más casas, y también algunas tiendas de apariencia triste. Resultaba muy raro caminar por un barrio desconocido detrás de un niño extraño que no le hablaba. Siguieron caminando hasta llegar a una casa de ladrillos rojos, con un columpio algo estropeado en el jardín. Tenía todas las ventanas cerradas. El niño se arrodilló al lado de un macetero junto a la puerta de calle y extrajo algo: un llavero de madera con un sol grabado. Se lo extendió.

Ahora que estaban tan cerca, Solange se dio cuenta de que el niño estaba muy pálido. ¿Habría estado enfermo? Y también descubrió que se parecía bastante al chico de su sueño. "Arráncame el corazón", habló el muchacho, de pronto, con voz desafinada, entregándole el llavero.

Una bocina de automóvil la distrajo y cuando miró otra vez, el niño había desaparecido. Un hombre alto, de bigote, acababa de bajar de un auto azul.

—¿Qué deseas, niña? —preguntó, con desconfianza.



Sin saber porqué, Solange levantó el llavero en forma de sol. El hombre se sobresaltó un poco.

—¿De dónde lo sacaste?—quiso saber.

—Me lo dio el niño con la polera a rayas—contestó.

El hombre tomó las llaves y después miró a Solange, con un poco de miedo.

—El llavero es de mi hijo—afirmó, finalmente, con un suspiro ahogado—. Eres ella, la niña del sol.

Se encontraban ahora en otro hospital, más grande y más feo. La sala de espera estaba abarrotada de gente y en el ala de pacientes críticos, una señora los estaba esperando. En la mano, tenía un papel arrugado, doblado por la mitad.

—Hola. Soy Carmen, la mamá de Toño.

—Solange.

—Hola. Sol, Solange—. La sonrisa de la mujer era triste—. Toma. Debes ver esto primero. Lo hizo mi hijo hace cinco años.

Solange desdobló el papel. Era un dibujo infantil. Un muchachito de polera a rayas verdes junto a una niña de pelo café. Había una ventana y en el fondo, brillaba un sol amarillo, parecido al del llavero.

—Una noche, Toño se despertó llorando porque tuvo una pesadilla. En el sueño sentía una gran

tristeza, como si se le desgarrara el pecho de tanto dolor y en el sueño, sólo una niña de cabello castaño, como el tuyo, podía ayudarlo.

—¿Es el dibujo de un sueño?—se asombró Solange.

—Sí. El sueño lo afectó tanto, que le pedí que me lo dibujara. Después guardé el dibujo y nunca volvimos a acordarnos del tema. Hasta hace unos meses. Justo antes del accidente.

—¿El accidente?—Solange no estuvo segura de querer oír lo que venía a continuación.

—A Toño le gustaba practicar bicicross. Y era muy bueno, pero la tarde antes de un campeonato en su colegio, se puso a mirar por la ventana y fue como si entrara en trance. “Es todo tan grande afuera”—comentó.

Las palabras del sueño. Y también las de Fefe.

—No se me ocurrió preguntarle qué quería decir. Al otro día sufrió una caída terrible en el campeonato, de muchos metros, su casco no estaba bien sujeto y...

La voz de la señora Carmen se quebró. El papá de Toño le tomó la mano.

—Toño lleva cuatro meses con muerte cerebral. Una máquina mantiene su cuerpo funcionando apenas. Los médicos dicen que está cada vez más débil.

Ya no sabemos qué más hacer —dijo el papá.

La señora Carmen volvió a tomar el dibujo.

—Siempre pensé que este dibujo contenía la respuesta...

—Por favor, cuéntanos todo lo que sabes —la invitó el papá de Toño.

El y su mujer la estaban mirando ahora, con esperanza. Solange se preguntó si le creerían o no. Y si aceptarían la respuesta que tenía para ofrecerles.

La vida de Toño se apagó esa misma noche. Sus padres decidieron que su corazón sería para alguien que lo necesitaba mucho. El propio Toño lo había querido así: una parte de él había ido a buscar a Solange al hospital para decírselo. Un destino escrito hace cinco años.

No hubo tiempo que perder, se hicieron los trámites necesarios para el trasplante al día siguiente. Por suerte, Toño era pequeño y delgado y su corazón podría seguir bombeando en el pecho de Fele.

—¿Resultará? —se angustió la mamá de Solange.

Estaban en la sala de espera. La operación ya había comenzado. Iba a ser larga y muy difícil. Lo más probable era que durara hasta la madrugada.

Solange descubrió a Toño, mirándola desde el otro extremo de la habitación. El niño que estuvo en sus sueños, antes de entrar en su vida. Toño ya

no estaba pálido y le sonreía. Había salido por fin del lugar oscuro y ahora podía irse en paz. Solange le devolvió una sonrisa llena de gratitud. La silueta de Toño se fundió con los últimos rayos del sol de la tarde y desapareció para siempre.

—Fele se va a recuperar, mamá. Todo va a resultar bien de ahora en adelante —dijo Solange, apoyando la cabeza en el regazo de su madre, igual a cuando era una niña.

Una vida había terminado, pero otra volvía a empezar.

Un día no muy lejano, ella y Fele, sano por fin, visitarían a los papás de Toño para agradecerles. Y, estuvo segura Solange, una luz volvería a brillar para ellos.

3

El Bandido

Por Tristán

Para Remigio fue un calamidad que sus papás lo enviaran a la casa del tío Manuel un mes entero de las vacaciones de verano. Su papá tenía que trabajar y la mamá iba a aprovechar esos días para tratar a unos maestros que arreglaran el techo. “Promesa: el mes entrante estaremos todos juntos en la playa”, le dijeron.

A Remigio el campo lo aburría un montón. Sus tíos no tenían cable y menos Wi-Fi. Y a ese televisor tan viejo que había en el living no se le podía conectar ninguna consola de video juegos. Por suerte su mp4 lo podía llevar a cualquier parte y, además, disponía de un surtido extra de pilas.

Al llegar, la tía Hortensia le regaló un abrazo bien apretado y le avisó que para festejar su visita había preparado un pastel con los primeros chocos de la parcela y un mote con huesillos heladito. El tío Manuel lo encontró más alto y, dándole una palmada en la espalda con una de sus manazas morenas, lo invitó a cosechar sandías al día siguiente.

—Nos tenemos que levantar de amanecida. Bueno, no tan temprano en verdad, porque es temprano; sólo a las cinco y media —se rió el tío, rascándose su barba negra.

Ni cuando iba al colegio madrugaba tanto. Remigio decidió entonces mandarles por celular un mensaje de S.O.S. urgente a sus papás, para que fueran rápido a buscarlo.

Los tíos instalaron a Remigio en la pieza al fondo del corredor y después de guardar las gallinas y comer el pastel de choclo, no hubo mucho más que hacer por ese día.

Había llegado la noche. Estaban en la cocina, sentados a la mesa con mantel de hule, tomando harina tostada con agua y un poco de miel. La tía freía unos picarones y la radio chicharreaba canciones mexicanas en su rincón.

—Vieja, anoche me pareció divisar al Bandido

cuando iba por el tranque viejo —dijo el tío Manuel, de pronto.

La tía se quedó con el espumador en una mano y con la otra se persignó rápidamente.

—¿No lo miraste a los ojos, cierto? —preguntó, asustada.

—Tencha, ¿se te ocurre? Seré viejo, pero no leso —rió el tío, revolviendo bien su taza.

—¿Acá andan robando? —preguntó Remigio sorprendido. El campo siempre le había parecido tan tranquilo que aburría.

—El Bandido no es un ladrón, Remi. O puede que sí, en cierto sentido: no roba dinero, sino almas —aclaró el tío, bebiendo un gran sorbo de *ulpo* (*).

—El Bandido es un perro blanco que trae la mala suerte y hasta la muerte —explicó la tía, echando los picarones a la sartén chisporroteante.

Remigio no sabía que sus tíos fueran tan supersticiosos. ¿Un perro fantasma? ¿Y por qué le decían Bandido?

—Porque, pese a ser blanco como la nieve, tiene dos manchas negras en los ojos, como un antifaz —comentó el tío.

—Pero nunca hay que mirarlo a los ojos. Pue-

(*) *Ulpo*: palabra de origen quechua que significa, "Harina seca". Es una especie de mazamorra hecha con harina tostada, miel (o azúcar) y agua caliente.

de ser fatal —apuntó la tía, con voz de telenovela.

—No Paillaco, del almacén, se lo encontró una noche y justo después se le incendió el local. Me nos mal que tenía seguro...

—Lo miró a los ojos, fijo—. La tía Horrensia le sirvió a Remigio el *picarón* (*) más grande y con eso dieron por terminada la conversación de esa noche.

"Acá en el campo no más creen en esas leseras", pensó Remi mientras se acostaba. La lamparilla del velador brindaba una luz amarillenta que alumbraba poco y afuera sólo se escuchaba el canto afinado de los grillos.

Se durmió de un viaje. En alguna parte a lo lejos, quizás dentro de un sueño, le pareció escuchar, nítido y vibrante, el feroz ladrido de un perro. El tío Manuel no bromeaba con la levantada al alba. A las cinco y media, lo remeció fuerte y su voz profunda tronó: "¡A levantarse, cabrito, ya está listo el desayuno!"

Cuando se subieron a la camioneta, Remigio se dio cuenta de que en el cielo oscuro aún brillaban algunas estrellas. Entonces, se le escapó un largo bostezo.

(*) *Picarón*: Postre de origen peruano e introducido en Chile en el siglo XIX. Los *picarones* son elaborados en base a una masa compuesta por harina de trigo, leche, levadura, maicena y zapallo. Esa masa, precocida y enfriada, se fríe en aceite formando anillos. Una vez fritos, se bañan —al momento de servir— con miel de chancaca y natanija.

—¿Has comido alguna vez una sandía recién arrancada de la mata? Llevo un kilito de harina tostada para nosotros y los muchachos —lo animó el tío.

El campo de las sandías se encontraba cruzando el tranque viejo. Cerca del lugar donde decían se aparecía el perro fantasma. Ahí los esperaban unos campesinos del sector y entre ellos, Mateluna, un niño de su misma edad, pero más alto y delgado, con una larga nariz.

El Mateluna no hablaba mucho, pero sabía cosechar sandías mejor que los adultos, calculando la madurez con la punta del dedo índice y cortándolas con la ayuda de un cortaplumas. El trabajo se repartía entre todos y a Remigio le correspondió ayudar a seleccionar las frutas recién arrancadas de la tierra.

—A este paso, yo creo que terminamos hoy mismo —los felicitó el tío Manuel. El sol ya había salido y calentaba fuerte sobre sus cabezas. Hicieron un alto para descansar y compartir jugosos trozos de una sandía roja y madura.

A Remigio le dieron ganas de ir al baño y tuvo que correr a los arbustos de un cerro cercano. Cuando terminaba, sintió que unas ramas se quebraban a su espalda. "Parece que no soy el único al

que le cayó mal la sandía", pensó, divertido, dándose vuelta. Detrás no había nadie, pero le pareció escuchar un jadeo. A su derecha, un gran tronco derribado llamó su atención. Remigio se inclinó para mirar bien: el tronco era muy viejo y hueco por dentro.

Desde el interior del tronco, descubrió unos ojos rojos, feroces y fosforescentes, que lo observaban... Cuando Remigio escuchó el primer gruñido, escapó a toda carrera. ¡Eso le pasaba por mirar donde no debía!

Aunque pensó que se iban a reír de él, tuvo que contarle al tío Manuel y a los demás cuando lo vieron volver tan asustado. Con dos de sus hombres, el tío fue a revisar el tronco viejo. No encontraron nada, pero esos ojos rojos por ahí todos los conocían... "Cuidese, patroncito, porque el Bandido trae mala suerte a quien lo ve", le advirtió uno de los hombres más viejos del grupo.

Mateluna se quedó mirando a Remigio con mucha atención y esta vez rompió su silencio:

—Eso no es cierto. El no es malo. Pero está aburrido de estar solo y que le tengan miedo...

Remigio no estaba seguro de que hubiera sido un fantasma, más bien parecía un animal asustado. Fantasma o no, el tío decidió que terminando la

cosecha pasarían por la iglesia para que los bendijera el señor cura: no había por qué meterse con las cosas del otro mundo.

Si hubiera tenido la internet, Remigio se habría conectado para averiguar todo lo que pudiera sobre perros fantasmas, pero en el pueblo no había ni siquiera un cyber café.

¿Cómo se había originado la historia de "El Bandido"? El tío le llevó unas sandías de regalo al padre Carlos y el cura los invitó a sentarse bajo el parrón para compartir un vaso de licor de damasco. El sacerdote era muy bueno para conversar y sabía un poco de todo.

—Historias sobre perros fantasmas existen en todas las culturas y épocas —afirmó el padre Carlos, cuando el tío le contó sobre los ojos dentro del árbol caído—. Desde *Cancerbero* (*), el perro negro que ayudaba a cruzar la laguna *Estigia* (*) del Infierno a los condenados hasta los más modernos, que se aparecen para anunciar desastres y tormentas.

(*) *Cancerbero*: Can Cerbero, de la mitología romana. Perro de tres cabezas que cuidaba la entrada al Hades, Infierno.

(*) *Laguna Estigia*: relatado por Virgilio en su *Enéida* y por Dante en el *Infierno* (la *Divina Comedia*), las almas condenadas debían cruzar en una barca la *Laguna Estigia*, antes de entrar al Hades o Infierno. Allí, en la entrada del Hades o Infierno, se encontraban con el perro de tres cabezas o *Cancerbero*.

—¿Y son malvados, padre?—preguntó Remigio.

—Bueno, por lo general se les asocia con la noche y con la muerte, pero el perro es el mejor amigo del hombre, ¿no-creen? Dudo que haya un perro malvado. Incomprendido sí, pero malo, no me parece.

—¿Y usted cree en los fantasmas?

El padre sonrió.

—Creo en el alma y en que ésta le pertenece a Dios. Pero cuando morimos, quizás un pedacito de ella se queda en la tierra como recuerdo de lo que un día fuimos.

“A lo mejor ésta es la respuesta”, concluyó Remigio. Y la creencia en El Bandido provenía de un perro que tuvo vida alguna vez. Pero... ¿Cuándo? El tío Manuel decía que la gente ya hablaba de él cuando era niño. Debía ser un perro muy, muy antiguo.

La tía Tencha se asustó muchísimo cuando le contaron que Remigio había divisado los ojos feroces de El Bandido, pero se calmó enseguida cuando supo que el padre Carlos lo había salpicado dos veces con agua bendita. “Ese hombre es un santo”, sonrió, sirviéndole a Remigio doble ración de estofado de cordero.

Remigio aprovechó que sus tíos estaban distraídos escuchando las noticias de la radio y prepa-

ró una bolsita con los restos de la comida y con unos huesos carnuados que encontró en el basurero. Había tomado la decisión de hacer algo útil durante esas vacaciones.

Él le iba a demostrar a ese pueblo ignorante que no había ningún perro fantasma. Antes de acostarse dejó cargando su celular porque al día siguiente, muy temprano, lo iba a necesitar. Igual que la bicicleta verde que la tía guardaba al lado del gallinero. Mejor no les decía nada a sus tíos porque a lo peor, no le daban permiso. Ellos sí creían en la Maldición del Bandido. Puso la alarma del celular a las cinco de la mañana, para no toparse con el tío que iba madrugando para ir a regar frutillas. Y, cuando todavía estaba oscuro, saltó de la cama, se puso un suéter abrigado y, montando en la bicicleta, partió de regreso al campo de las sandías.

Si hubiera sido plena noche, Remigio no se habría atrevido a hacer solo esa excursión, pero como pronto iba a clarear, no le daba tanto susto enfrentarse al animal que vivía dentro del tronco del árbol. Llevaba huesos para distraerlo, una piedra que recogió en el camino para defenderse y su celular para tomarle una foto. Nada podía salir mal.

Cuando llegó al campo de las sandías, no le costó nada encontrar el tronco derribado al pie del

cerro. Desmontó de la bicicleta y, cuidadosamente, empezó a caminar. No había cantos de pájaros, sólo escuchaba el susurro de sus propios pies sobre la hierba. Se estaba inclinando para escudriñar dentro del árbol, cuando una mano se posó sobre su espalda. Su corazón dio un salto.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?—, Era Mateluna, despeinado y con una escopeta al hombro.

—Busco al perro. ¿Y tú? —a Remigio no se le ocurrió improvisar una excusa.

—Ando cazando tórtolas —contestó Mateluna.

—¿Tan temprano?

—Es la mejor hora. Ustedes, los *jutres* (*) de la ciudad, no saben nada.

Remigio iba a protestar, porque él no tenía un solo pelo de ignorante, cuando un ronco gruñido brotó del interior del tronco.

—¡Despertamos al animal! —gritó Remigio.

Mateluna desenfundó su arma.

—No creo que sea un animal.

Un enorme perro blanco emergió del árbol derribado. Sus ojos rojos estaban enmarcados por dos manchas negras. Sus colmillos llenos de baba eran tan grandes como de los un lobo y los mostraba sin

(*) Jutre: término popular de Chile. Dueño de fundo, patrón, persona adinerada.



disimulo, preparado para morder y despedazar. La cola y cada uno de los pelos de su lomo estaban erizados, como cargados de electricidad. Era una visión del infierno y ellos, sus próximas víctimas.

Remigio había ido por una foto y no para perder la vida. Le arrojó la bolsita con sobras. Fantasma o no, era un perro. Y los perros siempre tenían hambre. Fue un error. El perro monstruoso lanzó un terrible gruñido y saltó sobre Remigio. Marceluna disparó su escopeta. El fantasma estalló en jirones de niebla negra, que ondularon en el aire igual que serpientes.

—¿Lo mataste? —se asombró Remigio.

—No se puede matar lo que está muerto. ¡Vámonos antes de que se recupere! —exclamó Marceluna, agarrándolo del brazo.

En el aire se materializaron los ojos rojos del perro Bandido. Y también sus afilados colmillos. Echaron a correr sin mirar hacia atrás. Sabían que la criatura había recobrado ya su forma y venía persiguiéndolos. Eran sus presas. Llegaron al sitio donde Remigio había dejado la bicicleta verde y se montaron a toda carrera. El desafío ahora era pedalear lejos de ese horror.

—¡Vámonos! —ordenó Marceluna, sentado en la parte de atrás, disparando otra vez su escopeta.

Se escuchó un aullido y aprovecharon para escapar. Aunque la bicicleta era más pesada con Marceluna sentado atrás, Remigio hizo su mejor esfuerzo. Sus piernas casi arrancaban chispas a los pedales mientras se dirigían, prácticamente volando, en dirección al tranque viejo.

Por el rabillo del ojo, le pareció distinguir una mancha blanca y negra que corría tras ellos.

—¡Hay que llegar al tranque! ¡El Bandido no puede atravesarlo! —avisó Marceluna.

Ahí estaba el tranque, cada vez más cerca...

Por fin los muchachos atravesaron el pequeño puente situado sobre el tranque viejo. Un poco más allá, Remigio perdió el control de la bicicleta y se dieron vuelta. Sintió un dolor fuerte en el codo.

Desde el suelo, vio al enorme perro blanco con manchas negras en los ojos, que los observaba desde el otro lado del tranque. Ya no parecía malvado, sino triste. Sus orejas estaban gachas y su larga lengua colgaba fuera, derrotada. El sol se asomó entre los cerros del valle y el perro fantasma se esfumó, en jirones de bruma negra.

—No puedo creerlo. ¡Es un fantasma de verdad! —dijo Remigio, sobándose el codo.

—Te dije que él nunca atraviesa el tranque —comentó Marceluna—. ¿Te duele el brazo? Déjame ver...

Mientras el chico lo revisaba, Remigio pensó que era mucha la coincidencia de que se hubieran encontrado al mismo tiempo en los dominios del perro fantasma. Y esa escopeta para matar tórtolas les había resultado muy útil. ¿Sería que habían tenido la misma idea?

—Tienes un brazo dislocado, pero no te preocupes. Mi abuelo te lo va a dejar como nuevo —concluyó Mateluna.

—¿Tu abuelo es médico? —se asombró Remigio.

Mateluna sonrió.

—Es *arreglahuesos* (*). Y el mejor de estos contramos. Se va a poner muy contento: por fin encontramos a su perro.

Y su sonrisa se hizo todavía más amplia.

Los Mateluna vivían en una casita de madera en medio de una chacra. Un par de gallinas cenicientas picoteaban aquí y allá y en las paredes colgaban bolsitas con hierbas olorosas.

El abuelo Mateluna parecía tener más de cien años. Era muy flaco, como su nieto, y tenía manos huesudas, cubiertas de venas azules. El poco pelo que aún conservaba era gris, igual que su bigote.

(*) Arreglahuesos: arregla huesos, término popular. Curandero, persona que se dedica a arreglar los huesos dislocados, salidos de su lugar.

El anciano recitó un par de Padrenuestros y tres Avemarías y, advirtiéndole a Remigio que le iba a molestar un poco, presionó su mano huesuda en el codo del niño. Remigio sintió como sus huesos hacían ¡click! Y después no más dolor. Moviéndose su brazo, maravillado. Todo parecía estar en su sitio otra vez.

—¡Muchas gracias! —sonrió Remigio.

—Fue cosa fácil —dijo el viejo, poniendo la tetera para hacer un té. Nadie había tomado desayuno.

—Vimos a tu perro, abuelo. Y no es tan mansito como decías. Por poco nos come vivos —relató Mateluna.

El abuelo se sorprendió mucho.

—¿Al Sultán? Pero si era el perro más dócil del mundo. Debe sentirse triste y abandonado. ¿Estarás seguro que era él?

—Sí. Y creo que ya sé donde reposan sus restos.

Remigio no entendía nada. ¿El perro Bandido se llamaba en realidad Sultán y había pertenecido al abuelo Mateluna?

El anciano se tomaba la presencia del fantasma como si fuera lo más natural del mundo...

—Sí es así, iremos a buscarlos hoy mismo. Mi fiel amigo merece descansar en paz... —decidió el abuelo, emocionado.

—¿Cómo murió su perro, señor Mateluna?

—quiso saber Remigio.

El anciano sonrió, con nostalgia.

—Salvándome la vida, chiquillo, salvándome la vida.

La tetera comenzó a hervir y el abuelo sirvió el té en tres grandes jarras. Después los invitó a sentarse bajo la enramada y le contó a Remigio la historia de Sultán.

—Los Mateluna fuimos inquietos en estas tierras desde siempre. Nunca nos faltó para comer, porque mis papás se las ingeniaban como podían pa' echar algo en la olla. Desde chicos, mis hermanos y yo supimos lo que era el trabajo duro, haciendo la tierra. Y no festejábamos ni la Navidad ni los cumpleaños; ni soñábamos con esos lujos.

Un día, acompañé a mi mamá a dejar unas empanadas que le habían encargado en la casa de los patronos del fundo. La perra de Misia Elisita, Dios la tenga en su sana gloria, había parido una camada hace poco y ahí estaban los cachorros, jugando y persiguiéndose, unos blancos como la madre, y otros negros, como el papá, un labrador.

El más chico, pese a su pelaje blanco, tenía dos manchas negras en los ojos. No jugaba con los demás. Sólo miraba y movía la cola, satisfecho.

—Parece que le gustas. ¿Te gustaría llevarte este perrito, Bernabé? —ofreció Misia Elisita.

—Yo miré a mi mamá: éramos tan pobres que hasta un perro podía ser un problema. Pero el perrito parecía tan simpático. Y yo podía darle parte de mi comida.

—Tu papá el otro día me anduvo comentando que le gustaría tener un perro para que cuide la casa cuando él no está —me sonrió mi mamá.

—Me sentí feliz. Nos llevamos al perrito y yo le puse Sultán, porque una vez había escuchado el cuento de Aladino y las Mil y Una Noches, y me había gustado la palabra, que significaba rey. Sultán creció rápido y resultó un perro inteligente y bueno. No sólo cuidaba la casa; nos cuidaba a todos. Cuando el papá llegaba tarde de los trabajos en el campo, él lo salía a buscar al camino. Dormía a los pies del camastro que compartíamos con mis hermanos, avisaba cuando llegaba alguien extraño y se ponía a ladrar cuando estaba por venir un temblor, algo que no hacen todos los perros. Cuando eso pasaba, sus ojos cafés se ponían un poco rojos. Mis hermanos se asustaban. Yo no. Pensaba que mi perro no era como los demás. Era único en su clase. Y lo quise todavía más. Ese invierno, llovió tanto que el tranque viejo se desbordó. Me habían

mandado al pueblo a hacer un encargo y la inundación me pilló desprevenido, en medio del campo. El agua corría como un río y yo no podía cruzar a mi casa. Por suerte, conocía un atajo entre los cerros, así que trepé lo mejor que pude, abriéndome paso entre el barro y los yuyos. El suelo estaba resbaladizo y costaba avanzar. La lluvia, en lugar de amainar, se puso más brava. De repente, se oscureció como si fuera de noche. Yo no veía nada. Resbalé varias veces. De pronto, en medio del temporal, unas luces rojas vinieron en mi ayuda ¡Eran los ojos de Sultán que había salido a buscarme! Intelligente como siempre, había encontrado su propio atajo entre los cerros.

Le hice un cariño en la cabeza y comencé a caminar a su lado. Los ojos mágicos de mi perro sabían ver en la oscuridad y me estaban guiando hacia la casa. Pero mis pies tarados patinaron una vez más y perdí el equilibrio, cayendo al grueso caudal en que se había convertido el tranque viejo al desbordarse.

—El agua me arrastraba —continuó con su relato el abuelo— y yo no sabía nadar bien. Empecé a ahogarme. En eso, escuché un ladrido. Sultán saltó al agua, y en cuatro patas, tomó impulso tratando de alcanzarme. Lo logró. Rodeé mis brazos en su

fuerte cuello y juntos comenzamos a brincar en medio del torrente, tratando de alcanzar la orilla, que parecía casi inalcanzable. No sé cómo, pero lo conseguimos. Sultán me ayudó a salir, tirándome de la ropa, porque yo ya no tenía fuerzas ni para arrastrarme. De pronto, un aluvión de tierra y barro brotó del cerro y Sultán desapareció de mi vista. Escuché su aullido de terror y después, nada. Sólo el cielo llorando su agua furiosa a mi alrededor y mis gritos desesperados llamando a mi perro. Nunca más volvimos a ver al Sultán. Al menos con vida. Tiempo después comenzaron las apariciones del perro blanco con dos manchas negras en los ojos. La gente lo veía cerca del tranque y reaccionaba con temor ante sus ojos rojos. Decía que traía la mala suerte. Yo no lo pienso. Creo que se aparecía para advertirles de algún peligro, como siempre supo hacerlo en vida.

—¿Y a usted nunca se le apareció, don Bernabé? —interrogó Remigio.

—No. Jamás. Soy el único por estos parajes que nunca lo ha visto —comentó el abuelo, tristemente.

—Yo fui a buscarlo, tata, llevé mi escopeta para cazar tórtolas y los balines estaban remojados con agua bendita —intervino Mateluna.

El abuelo se puso de pie.

—No es así como el Sultán va a descansar, chiquillo. Primero, hay que avisarle a don Manuel y a doña Tenchita que su sobrino está acá con nosotros. Deben estar preocupados. Y después, ustedes me guiarán adonde creen que reposan los restos de mi buen amigo.

Mateluna y Remigio se miraron. Pese a que ahora era de día, volver a los dominios del perro fantasma no parecía muy aconsejable.

Para su asombro, tanto el tío Manuel como la tía Hortensia, lejos de comprender a Remigio por su desaparición, decidieron acompañarlos. Y al grupo se sumó el padre Carlos. Ya era mediodía y no debía haber peligro. Los fantasmas no saltan a esa hora.

El tío portaba una linterna. Con su luz iluminó el viejo tronco.

—¿Hay algo ahí? —preguntó la tía.

—Nada. Sólo un montón de hojas y gusanos.

Este tronco está podrido por dentro. Debe ser muy viejo.

El abuelo puso una cara muy triste.

Mateluna le pidió la linterna al tío Manuel y, valientemente, se arrastró al interior del tronco de árbol.

—¿Qué es eso? —preguntó el padre Carlos, de pronto.

En un claro junto al cerro, el perro blanco de ojos manchados, los miraba, receloso. La tía se puso a rezar.

—No lo miren directo a los ojos —nos advirtió el tío Manuel.

—Paparruchas —dijo el abuelo Mateluna, caminando hacia el perro, con las palmas vueltas hacia arriba.

Gruñendo, el perro fantasma le mostró los dientes al anciano.

—¡Tenga cuidado, don Bernabé! —le rogó el padre Carlos.

—¿Por qué tendría que tenerle susto? Le debo mi vida —respondió el abuelo, cada vez más cerca.

—¡Encontré algo! —gritó Mateluna, desde el interior del tronco.

Su abuelo enfrentó los ojos rojos del animal.

—No me digas que me has olvidado. Soy yo, viejo y pelado, pero soy yo. Vine a buscarte. Perdóname por tardar tanto.

El perro fantasma olió las manos del anciano y su mirada dejó de ser feroz. Los ojos se le volvieron cálidos y movió la cola con alegría. El abuelo acarició el cuello y las orejas de Sultán.

—Hoy cruzaremos juntos el tranque, amigo mío —afirmó, con dulzura, abrazándolo—. No te quedarás más del otro lado.

Sultán soltó un ladrido de felicidad y lamio la cara y las manos de don Bernabé, con gratitud. Mateluna salió arrastrándose del tronco azumagado. Llevaba lo que parecía ser una osamenta de perro. Al contacto con el aire, los frágiles huesos se desintegraron como si fueran de arena.

La figura de Sultán se disolvió en una bruma blanca entre los brazos de su amo y ascendió hacia el cielo.

—Si esto no es una prueba de que Dios existe, no sé qué lo es —afirmó el padre Carlos, persignándose.

Siguiendo su sugerencia, todos elevaron una plegaria por ese perro noble y valiente, que después de tantos años, había encontrado al fin la paz.

Un mes después, los papás de Remigio fueron a buscarlo para llevarlo a la costa. Se sorprendieron al verlo muy contento y bronceado, después de tanto jugar al aire libre y acompañar a su tío Manuel en las labores del campo. Le anunciaron que por haberse portado tan bien y no hacer rabiar a sus tíos, le iban a comprar lo que quisiera.

Remigio pidió un cachorrito. Y les dijo que si encontraban uno que fuera blanco con dos manchas negras alrededor de los ojos, mejor todavía.



4 La Isla del Fin del Mundo

Por Pedro

Era muy temprano y la maraña de pequeñas islas se encontraba aún oculta por una profunda niebla marina. Tampoco se divisaban los tupidos bosques de lengas y ciprés ni las colinas verdes, donde solían pastar rebaños de blancas y peludas ovejas.

Sentado en medio de la lancha, con la mochila en medio de las piernas, Braulio aguzó la vista y pudo distinguir, confundido entre la bruma, el tejado rojo de su escuela.

—¡Ah, qué monumento de paisaje! Vivimos en la región más hermosa del mundo, ¿no creen? —comentó el capitán Villalobos, al frente de su embarcación.

Los niños que viajaban en la lancha asintieron, con entusiasmo. Braulio, que había llegado de la capital hace dos meses, no estuvo tan seguro. Todavía no se acostumbraba al cambiante clima del sur de Chile, al aroma salado e intenso del mar, estuviera donde estuviera, y menos a tener que llegar en lancha al colegio. Resultaba pintoresco, pero él siempre se marcaba un poco. Arribaron al diminuto muelle y los niños saltaron a tierra. A lo lejos, se oyó el tañer de una campana.

—¡Que tengan todos un buen día de escuela! ¡Estaré esperándolos a las cuatro, niños, para llevarlos a casita! ¡Igual que siempre! —tronó el capitán con su ronca voz.

Braulio se ajustó bien la parka y el capitán le extendió una rebanada de limón.

—Chúpalo por el camino. Santo remedio para náuseas y mareos.

El capitán Villalobos siempre se fijaba en todo. Braulio le dio las gracias y partió corriendo junto a sus compañeros. A la señorita Monje, la estricta profesora, no le gustaban las tardanzas. Este colegio era muy diferente al de antes. Se trataba de una construcción rectangular de madera nativa, de una sola habitación, pero con campanario. Los domingos se celebraba una misa a las 12 del día para los habitantes de

todas las islas y durante la semana actuaba de escuela para los niños más pequeños. La campana, pesada y de hierro, databa del tiempo de los españoles.

La señorita Monje les daba clases a todos los niños al mismo tiempo, con actividades diferentes según su edad. Ese día, Braulio y los compañeros de su grupo tenían que descomponer fracciones, mientras que a los más chicos les tocaba artes plásticas.

Dante, el hijo de la señorita Monje, tenía la edad de Braulio, pero de todas formas lo habían puesto a hacer figuritas de plastilina. Era un muchacho grande y un poco obeso, de pelo negro y crespo. En su cara redonda lucía siempre una gran sonrisa. Uno de esos niños que ahora llamaban "especiales", para no ofender a los papás.

Todos los niños del curso le tenían mucho afecto, porque Dante sabía cómo hacerse querer. Ahora parecía estar muy concentrado armando una figura de plastilina negra, con brazos y pies muy largos.

—Acuérdate que íbamos a representar los animales de una granja, cariño —le recordó su mamá, suavemente—. ¿Por qué no haces un caballo o una vaquita?

Dante le había colocado dos ojos amarillos y una barba larga.

—Es el hombre oscuro, mami —dijo el chiquillo, con su voz dulce.

—¿El hombre oscuro? —se extrañó su mamá—.

¿De qué cuento es, tesoro?

—El hombre oscuro ya viene, mami. Ya está llegando. Es...

De pronto, Dante giró hacia Braulio y lo señaló con el dedo índice.

—¡Habla con tu papá, Braulio! ¡Habla con tu papá! —gritó con temor.

Todos los estudiantes, sorprendidos, miraron a Braulio. Dante dejó caer la figurita al suelo, a la que se le rompieron los brazos. El niño se la quedó contemplando un instante. Luego miró a su madre.

—Mami, quiero pis —avisó.

Era como si no se acordara de lo que acababa de hacer. La señorita Monje, un poco asustada, le pidió a uno de los niños más grandes que se hiciera cargo del salón y lo llevó al baño.

Braulio recogió lo que quedaba de la figurita de plastilina. El rostro representado no era muy agradable y parecía sonreír con crueldad.

Cuando Dante regresó, hizo una ovejita y un burro y no se habló más del "hombre oscuro".

A las cuatro, el capitán Villalobos estaba esperando a los alumnos para llevarlos de regreso. Ahora lo acompañaba otro adulto. Un señor muy broncado y atlético.

—Mister Braun es arqueólogo y está trabajando por estas islas —anunció orgulloso—. Crece, y con justa razón, que nuestra zona está llena de tesoros.

—¿Quieren ver algo interesante, amiguitos? —los invitó Mister Braun, sacando del bolsillo una bolsita de terciopelo morado. De su interior, extrajo una moneda dorada que relumbró al sol. Los niños soltaron un murmullo de asombro. Parecía ser muy antigua, con un escudo de armas grabado. Lucía curiosas muescas en los bordes.

—Es un doblón español, de los tiempos de la Conquista. Lo encontramos no muy lejos de aquí —afirmó Mister Braun—, bajo el mar.

—¿Hay un tesoro enterrado acá en las islas? —se interesó Braulio, que el año anterior había leído "La Isla del Tesoro" en el colegio.

—Y yo creo que más de uno —le guiñó el ojo el arqueólogo, alzando la moneda de oro, la cual lanzó un destello en el agua.

En ese momento, se elevó un fuerte viento que casi hace zozobrar la lancha. El capitán Villalobos se apresuró a hacerse cargo de su embarcación y la moneda española volvió al interior de la bolsa de terciopelo. A Braulio le sobrevino un escalofrío, sin saber porqué. Se acercaban ya al hogar de Braulio. La más pequeña y alejada de las islas del archipiélago.

La Isla del Fin del Mundo, como le decían los lugareños. Tan pequeña y tan aislada que a veces no aparecía en los mapas de navegación.

Un nombre muy rimbombante para algo que apenas era un islote, rodeado de roqueríos y bancos de peces. La arena de la playa era de un color gris negruzco.

“Y pensar que todavía nos queda un año entero que pasar acá”, suspiró Braulio, agarrando sus cosas. Se habían trasladado ahí por el trabajo de su papá. “Una oportunidad importante y que no había que desperdiciar”, le dijeron, “pero que involucraba sacrificios”.

El Capitán Villalobos acercó la lancha a la pequeña ensenada y Braulio saltó a tierra.

—Me saludas a tus padres. Y que tu papá nos avise cuando vaya a haber tormenta, ¿eh? Ese hombre es un prodigio —le comentó a Mister Braun, poniendo en marcha el motor.

El papá de Braulio era oceanógrafo y su especialidad eran las corrientes marinas. Había inventado un software para predecir los cambios atmosféricos con singular acierto.

Aunque se sentía muy orgulloso de su papá, a Braulio el año completo que iba a durar el proyecto le estaba pareciendo interminable.



Se quedó mirando la lancha hasta que ésta se convirtió en un puntito a la distancia y después echó a caminar hacia la cabaña donde vivía con sus papás, ubicada en media de la isla. Aunque no era muy espaciosa, su mamá había hecho todo lo posible para que resultara cómoda; solo que el laboratorio oceanográfico de su papá ocupaba la mayor parte de la casa.

A Braulio no le sorprendió encontrarlo trabajando. Para el papá, el océano era su vida. Por las mañanas, nadaba muy temprano en el mar helado y después se ponía a medir el impacto de las corrientes marítimas hasta muy entrada la noche.

—¿Ya estás aquí, campeón? ¡Estupendo! Oye, ¿me pasas un destornillador en punta de cruz? ¡No tengo idea dónde dejé mis lentes! —lo saludó su padre, trabajando desde el suelo, con el pelo revuelto y en camiseta. Como de costumbre, uno de sus instrumentos de medición se había vuelto a descomponer.

—Los tienes colgando de la oreja, papá —se rió Braulio, entregándole un destornillador de la caja de herramientas abierta sobre la mesa.

—Ya no sé donde tengo la cabeza. ¡Uno de estos días, la voy a dejar olvidada en un rincón! —se carcajeó el papá.

La mamá apareció con una toalla blanca sobre el pelo recién lavado.

—Hola, Brau, ¿comiste? Hice porotos con chayuyo.

Desde que vivían en la isla, le había dado por cocinarlo todo con productos del mar. A ella siempre le había gustado la comida orgánica y ahora, según sus propias palabras, “se encontraba en su salsa”.

Braulio sabía que sus papás eran un poco diferentes a los de los otros niños. Era entretenido vivir con ellos, pero a veces le habría gustado que sus vidas fueran un poco más normales.

“Bueno, de qué me quejo. Una vez casi nos fuimos a vivir a la Antártida”, sonrió, mientras calentaba en la estufa a leña los porotos con chayuyo.

La luz de la cocina parpadeó un par de segundos y desapareció.

—¡Ese condenado generador! —gruñó el papá.

—¡Yo voy a ver, tesoro, pero no te exaltes, que el cuerpo genera toxinas nocivas para el organismo! —salí corriendo la mamá.

Los aparatos del papá necesitaban tanta electricidad, que el minúsculo generador fallaba como mínimo cuatro veces al día.

Por suerte, la señorita Monje les había dado poca tarea, así que cuando terminó los deberes del

colegio, todavía quedaba suficiente luz para practicar su pasatiempo favorito. Braulio deseaba ser fotógrafo cuando grande. Con unos papás empeñados en llevarlo a vivir a los lugares más increíbles, las fotografías eran los únicos objetos que lo acompañaban siempre, ya que ocupaban poco lugar.

Casi eran las seis cuando tomó su cámara digital y salió hacia la playa. Se proponía realizar un interesante trabajo sobre el paisaje de las islas del extremo sur, todas muy diferentes entre sí. La más cercana a la suya, era peculiar, ya que se encontraba deshabitada. Lo único que destacaba en ella, era un viejo faro abandonado. Decían que ese alto edificio de piedra rojiza llevaba desierto casi doscientos años, desde que la última familia que lo ocupara desapareciera misteriosamente de la noche a la mañana. Las nubes grises que lucía ahora el cielo, proyectaban sombras densas sobre el faro. "Esta va a ser una fotografía muy artística", opinó Braulio, apuntando el objetivo de su cámara en aquella dirección.

El destello lo tomó por sorpresa. Un chispazo de luz desde la cima del faro en ruinas. ¿Lo habría imaginado? No, ahí estaba otra vez. El brillo reflejó varias veces, a intervalos regulares, hasta que desapareció.

"Hay alguien en el viejo faro", se inquietó Braulio. Debería decirles a sus padres. ¿O quizás no? Tal vez se tratara de un turista o un mochilero. Las islas siempre eran motivo de curiosidad para los exploradores.

En lugar de correr a contarle a su papá, Braulio se encaramó entre las rocas de la playa y sacó más fotos del faro abandonado, utilizando el zoom digital. Como no hubo más destellos, supuso que el visitante ya habría dejado el edificio. ¿A quién le habría estado haciendo señas? Sin duda, había utilizado la ayuda de un espejo.

Por la noche, la mamá los sorprendió con una ensalada de algas, pimientos y salmón asado, que estaba muy rica. Después llegó el turno de cargar las fotos en su computadora. Braulio había instalado un programa para cambiar los detalles de las fotos, mejorándoles el color y la resolución. No le sorprendió descubrir que había logrado capturar bien el reflejo que provenía del viejo faro. Pero en las últimas fotos, descubrió algo extra. Desde las ventanas, una silueta se destacaba claramente, atisbando el horizonte marino. "¡Ahí está el intruso!", pensó Braulio.

Su mamá entró a la pieza, ataviada con un kimono rosa. Braulio siempre había pensado que su madre

era muy bonita, pero últimamente parecía tener un no sé qué especial, que irradiaba a todas horas.

—Brau, tu papá quiere mostrarte algo en su monitor de trabajo —le avisó—. Y parece que es importante.

Cuando el papá decía eso, había que volar; le encantaba compartir sus descubrimientos con la familia. Encontró a su padre sentado frente al censor que monitoreaba las corrientes marinas. Parecía muy complacido por algo.

—¿Quieres ver algo raro, Braulín? —ofreció, girando la pantalla hacia él.

Un puntito intermitente se desplazaba en dirección a las islas.

—¿Se trata de un submarino? —se interesó Braulio, intrigado.

—Lo mismo pensé al principio, pero mira... El puntito desapareció un rato largo, para después reaparecer siguiendo el mismo trayecto.

—¡Aparece y desaparece! ¿Qué cosa es? —quiso saber Braulio.

—Puede que se trate de una sonda ultramarina, pero, sea lo que sea, tiene la velocidad de un avión y viene para acá, Creo que será mejor observar un poco más antes de avisar a las autoridades. Estas son aguas chilenas —respondió el papá.

El puntito blanco desapareció y ya no volvió a hacerse visible. Fue como si se hubiera dado cuenta de que estaban sospechando de él y se escondía para no ser detectado. El papá se quedó mudo: se notaba que algo así no figuraba en sus libros. “¡Habla con tu papá, Braulio, habla con tu papá!”, le había gritado Dante esa mañana en la escuela, como si supiera que iban a realizar un descubrimiento así.

“Algún objeto está viajando en esta dirección, es muy rápido y puede hacerse invisible cuando quiere”. Braulio pensó en platillos voladores, aunque no estaba seguro si estos podían viajar bajo el agua.

No hubo más novedades, pero su papá decidió vigilar un rato más. Antes de acostarse, Braulio fue a la cocina a buscar un vaso de leche y por la ventana divisó una niebla blanquiza que resbalaba por sobre los roqueros y se extendía más allá del mar. “Todo está un poco misterioso hoy día”, concluyó, mientras lavaba el vaso. Los párpados le pesaban como ladrillos. Sólo quería llegar a su cama. Ojalá su mamá se hubiera acordado de ponerle una bolsa de agua caliente, porque las noches de la isla eran muy heladas.

Camino a su pieza, descubrió al papá dormido en su silla de trabajo; le había ganado el sueño. Generalmente, era muy bueno para roncar, pero ahora no se le escapaba ni un solo ruido.

Braulio no se dio ni cuenta de cómo llegó al dormitorio. Ya acostado, se durmió de un viaje.

Lo despertó la luz del sol en medio del rostro. Ya eran casi las siete y media, la hora en que el capitán Valdivia venía a buscarlo en su lancha para llevarlo al colegio. Braulio saltó de la cama y perdió el equilibrio por causa de un calambre. Tuvo que hacerse masaje desde el suelo. Desde esa posición, descubrió que las sábanas estaban cubiertas con montoncitos de arena.

—¡Qué raro! —se rascó la cabeza, perplejo.

Sus pies también estaban muy sucios. Los brazos los sentía agarrotados, como si hubiera hecho mucho ejercicio.

A fin de cuentas, Braulio no perdió la lancha para la escuela, porque por primera vez el capitán Valdivia llegó atrasado a recogerlo. No traía buena cara y los demás niños tampoco. Nadie parecía haber dormido muy bien. El propio Braulio se sentía cansado y sin ánimos. Pronunció un desganao "buenos días" al tomar su lugar en la lancha, que partió a toda velocidad.

Braulio echó una mirada distraída al viejo faro y descubrió a un muchacho sentado en la playa de la isla desierta, observando el mar. Llevaba puesta una gorra de pescador y pantalones cortos. El chi-

co levantó la mano para saludarlos cuando la lancha pasó cerca de él. Braulio fue el único que le contestó. El desconocido asintió con la cabeza y le sonrió.

"Qué raro. No se ve lancha ni bote. ¿Cómo habrá llegado hasta allá?", se preguntó Braulio. Después de todo, el intruso no se había ido de la isla abandonada.

Los niños desembarcaron corriendo, porque ya era mucho más de las ocho y media. Pero al llegar a la escuela descubrieron que no eran los únicos atrasados, pues todos los niños de las islas cercanas se habían quedado dormidos y la profesora no se veía por ninguna parte.

La señorita Monje llegó pasadas las nueve. Lucía ojeras de cansancio y les pidió ayuda para ir a buscar a Dante que se había escapado para jugar a las escondidas en el bosque. Nadie tenía ánimo para estudiar, así que muchos se lo tomaron como un paseo. Pero como Braulio sabía lo unidos que eran la madre y el hijo, se hizo el propósito de ayudar en serio. Por fortuna, Dante era grande de porte, y cuando jugaba a la escondida, no sabía hacerlo muy bien. Después de caminar un rato, Braulio lo encontró agazapado, detrás de unas tupidas matas de murta.

—¿Dante? —preguntó suave, tratando de no asustarlo.

El niño se apartó, con verdadero terror, mirándolo a los ojos, fijamente.

Braulio se dio cuenta de que Dante, pese a estar atemorizado, no había gritado. Era como si quisiera seguir escondido para que nadie lo viera.

—¡Tus ojos son iguales que siempre! —suspiró, aliviado.

—Claro. Como los tuyos, como los de todos —Braulio le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—Todos, no. Ojos negros, grandes, feos; ojos que no miran. Todos, no —Dante parecía asustado otra vez.

Braulio no entendió nada. Pero tenía que tranquilizarlo. En su bolsillo tenía un caramelo de naranja. Se lo ofreció. Dante dudó un instante antes de aceptarlo. Mientras lo desenvolvía, Braulio aprovechó de preguntarle sobre las cosas raras que había dicho el día anterior, en especial sobre el hombre oscuro y su advertencia de que hablara con su papá.

—¿Por qué ayer dijiste que ya venía el hombre oscuro, Dante? ¿Quién es él? ¿Y porque era necesario que le dijera a mi padre? ¿Es que acaso tú lo conoces?

Dante fijó la mirada en ninguna parte. Y su voz se hizo extraña, como la de un robot:

—*El hombre oscuro ya no viene, está aquí. Tu padre lo descubrió cuando viajaba. Vino a buscar lo que es suyo. Tres intentarán detenerlo. Y uno de ellos, se irá para siempre...*

Dante se echó a la boca el caramelo y recuperó su propia voz.

—Quiero ver a mi mami —pidió, en tono infantil, masticando el dulce.

De nuevo, parecía no recordar nada de lo que acaba de decir. Mientras caminaban de regreso a la escuela, Braulio sintió que estaba pasando algo muy extraño en ese archipiélago.

La señorita Monje abrazó y besó a Dante como si éste acabara de volver de un viaje largo y después de darle las gracias a Braulio, repartió galletas a toda la clase. Como los niños todavía se veían un poco cansados, anunció que los iba a animar contandoles alguna de las leyendas de la zona. Las islas estaban repletas de cuentos y tradiciones de criaturas y animales mitológicos.

Braulio se acordó de la moneda de oro del señor Braun y levantó la mano.

—Sí, ¿Braulio? —sonrió la profesora, ajustándose sus lentes.

—Ayer conocí a un arqueólogo que dijo que había un tesoro enterrado aquí en las islas. Y a lo mejor más de uno...

—Tal vez tenga razón. Nuestra posición en el sur del mundo siempre resultó muy tentadora para corsarios y piratas que huían de las flotas españolas después de cometer saqueos y atracos. Muchos trataban de escapar a través del Estrecho de Magallanes para así poder regresar a sus países de origen.

Todos los niños parecían muy interesados en el tema. Braulio no era el único al que le gustaban las historias de piratas, al parecer.

—¿Y los tesoros? —preguntó Rudy, uno de los niños más grandes.

—Bueno, muchos piratas, como Francis Drake, recorrían las costas chilenas y no pocas veces trataron de instalarse en nuestro territorio para convertirlo en su base de operaciones. Las islas debieron parecerles un escondite inmejorable.

—¿Un pirata famoso se escondió acá? —Braulio estaba cautivado.

La señorita Monje fue hasta el pizarrón y escribió un nombre: "Thomas Clapton".

A Braulio ése nombre no le sonaba nada. Aquel pirata no debía haber sido tan célebre.

—Thomas Clapton nació en la segunda mitad

de siglo XVIII en Inglaterra y cometió toda clase de tropelías en Europa, tantas que debió huir a otro continente, con la mayor parte de sus riquezas mal conseguidas. Se dice que su galeón, el "Luna Negra", fue avistado en las costas chilenas y, perseguido por las autoridades de la época, huyó para esconderse en una de nuestras islas.

—¡Con su tesoro millonario! —batió palmas Rudy.

La señorita Monje asintió.

—Se piensa que su propósito era atravesar el estrecho y arrancar a Portugal, pero no podía arriesgarse a ser capturado con su fortuna a cuestas, así que habría decidido esconderla en nuestro archipiélago.

—¿En qué isla lo hizo? —preguntó un niño, sin duda dispuesto a salir corriendo en busca de una pala si le decían que era en aquella donde él vivía.

—No se sabe. Clapton volvió a Europa en la pobreza. Lo único que conservó fue su barco y parte de la tripulación. Una tempestad los atrapó de improviso al atravesar el Estrecho de Magallanes.

—¿Y el tesoro? —Rudy otra vez.

—Si de verdad lo enterró acá, aquí sigue escondido. La muerte lo sorprendió en alta mar, cuando después de años de persecuciones y mala

fortuna, por fin pudo organizar una travesía de regreso a América.

La señorita Monje miró a todos sus alumnos, uno a uno.

—Puede que volviera para buscarlo, pero la buena fortuna se había ido con su tesoro y jamás pudo recuperarla. Dicen que su nave terminó siendo desmantelada parte por parte en un astillero español.

“Vaya historia triste. Tantas aventuras y persecuciones para finalmente quedarse con las manos vacías”, meditó Braulio.

Fran, una de las niñas más pequeñas, quiso saber cómo había sido el corsario. La profesora hizo memoria:

—Una vez vi un grabado suyo en un volumen de historia, cuando estudiaba para profesora en la universidad. No era un dibujo muy logrado. Vestía de negro y en una de sus dedos sostenía una moneda. Un doblón español, creo.

—¿Un doblón español? —Braulio y los demás niños que viajaban con él en la misma lancha se miraron.

—La leyenda dice que lo consideraba su amuleto de buena suerte, ya que era parte de su primer botín. Y que nunca se despegaba de él. Como verán, los piratas eran también hombres muy supersticio-

sos. ¿Alguien quiere otra galleta? Porque si no, bien podríamos empezar a sacar los libros de texto.

Sobra decir que todos los niños se apresuraron a pedir una, aunque en realidad estuvieran un poco duros.

Esa tarde, Braulio se quedó largo rato en la playa, contemplando el horizonte que ofrecía La Isla del Fin del Mundo, como así le llamaban a ese lugar. Se preguntaba si el doblón español que encontró el arqueólogo sería el mismo que el pirata Thomas Clapton había considerado como su amuleto de la buena suerte mientras vivía.

“Bueno, un doblón de oro no era tan poco corriente por aquel entonces. Yo creo que todos los piratas tenían uno entre sus cosas”, se dijo.

—Hola.

Braulio se llevó una gran sorpresa. Quien lo saludaba era el mismo muchacho al que había visto sentado en la playa de la isla desierta. Era un poco mayor que él y bastante más alto. Parecía ser todo piernas y brazos. Llevaba los mismos pantalones cortos y grises, un poco estropeados, y se cubría la cabeza con la gorra de pescador. Su sonrisa era amistosa.

—¿Cómo llegaste?

Desde ahí se dominaba toda la ensenada y Braulio no había visto arribar ningún bote. Las ropas del

chico estaban demasiado secas como para haber sor-
teado a nado la distancia entre ambas islas.

—Es un secreto. Si quieres, luego te lo contaré.
Tenía muchas ganas de decirte algo. Me llamo Alex.

El chico le estiró la mano, de dedos largos y
uñas rosadas. Braulio dudó un poco, antes de es-
trechársela.

—Yo soy Braulio.

No alcanzaron a conversar mucho, porque en
ese momento llegaron los padres de Braulio en la
lancha. Venían de hacer las compras de la semana
y ambos traían una cara de gran felicidad. Ni si-
quiera se extrañaron por encontrarlo hablando con
un niño desconocido. Así eran ellos.

—¡Buenas noticias, Braulín! —rió el papá—.
Traemos champaña y muchas otras cosas ricas para
celebrar.

—¿Te ganaste el Premio de Ciencias Marinas?
—preguntó Braulio, intrigado.

—¡Mejor todavía! El premio gordo. ¡Cuéntales,
flaca!

Su padre miró a la mamá con expresión ra-
dante. Pero ésta sólo tenía ojos para Alex, y en
especial para su cuello flaco y sus manos largas.

—Cariño, tal vez hace tiempo que no disfrutas una
buena comida, ¿no es verdad? Hoy comerás con noso-

tros, te invito. ¿Te gusta la ensalada de centolla y piño-
nes? Es mi especialidad —dijo la mamá con dulzura.

Alex aceptó la invitación con una gran sonrisa.
El papá le dio un codazo en las costillas a Braulio.

—Siempre que tu mamá se pone “interesante”
le baja la maternidad con todo el mundo.

Braulio por fin pudo entender qué significaba
“el premio gordo”. Su mamá estaba embarazada.

La mamá de Braulio se lució esa noche con
una de sus más sabrosas recetas. Y el invitado de
honor le hizo honor a la comida, chupándose has-
ta la punta de los dedos. El papá sirvió burbujan-
tes copas de champaña para celebrar la llegada del
nuevo miembro de la familia. Braulio probó un
poco, aunque no le gustó mucho el amargo licor.

—Si es niña se llamará Nereida y si es niño,
Simbad —anunció el papá.

La mamá no pareció muy asustada al oír esos
nombres horribles. Braulio sabía que al final de-
cidiría ella. En lugar de eso, le sirvió más comida a
Alex y le preguntó si hace mucho tiempo que mo-
chileaba solo.

—Uno se acostumbra —afirmó Alex, sopeando
el plato con el pan.

—¡Pero pasar la noche en un faro abandonado
da mucho susto! —opinó Braulio.

Alex se encogió de hombros.

—En la vida hay muchas otras cosas de las que tener miedo —afirmó.

—¿Y no echas de mehos a tu familia? —insistió la mamá.

—Muchísimo, pero pienso ir a verlos pronto. Si se dan las cosas... —Alex miró a Braulio, como si dependiera de él ver a sus padres de nuevo.

—Bien. Como sea, esta noche eres nuestro invitado. Puedes dormir en el sofá. Nada más de andar pernocrando en una isla desierta o en un faro helado y húmedo, muchachito —decidió el papá.

A Braulio la idea no le pareció tan buena. Alex parecía simpático e inofensivo, pero después de todo, era un extraño. Y a un extraño, que ni siquiera se sacaba el gorro para comer, no se le invitaba a alojarse en una casa de buenas a primeras.

Braulio tuvo que prestar frazadas y una almohada para que Alex se armara una cama en el sofá. El chico pareció muy interesado en el computador de Alex donde —como fondo de pantalla— éste había colocado una foto del viejo faro.

—¿Te gusta el faro, ah? —rió Alex, levantando las cejas. Braulio se fijó en que sus ojos eran de un intenso color aguamarina.

—Sí, mucho. Pensar que tiene mucho más de

un siglo y sigue ahí, sin moverse. ¡La de cosas que debe haber presenciado! Si pudiera hablar... —razonó Braulio.

—Quién sabe qué historias contraría —completó Alex.

El muchacho jugaba ahora con un trozo de vidrio tornasol, pasándose de mano en mano.

—¿Es con eso con lo que estabas haciendo señas ayer en el faro? Créame que era un espejo —se interesó Braulio.

Alex se lo mostró. El fragmento era pequeño y parecía antiguo, pero era muy hermoso, biselado en muchos colores.

—Me lo dio mi papá, hace tiempo, es un caza reflejos. Así los llamaba él.

—¿Un caza reflejos?

—El sol se refleja contra el vidrio y proyecta una luz. Así, alguien que no esté tan cerca, podrá ver la señal y acudir en tu ayuda...

Alex se interrumpió habló de improviso, como si hubiera hecho en más de una acción.

—¿Y a quién estabas llamando? En estas islas estamos sólo nosotros—.

A Braulio, Alex le parecía más raro y sospechoso a cada minuto. Ojalá no despertaran al otro día con la casa desvalijada o algo peor.

—A lo mejor a ti. Tú captaste el reflejo, ¿no? —contestó el chico, con una risita.

Braulio estuvo a punto de perder la paciencia. Suspiró.

—Okay. Como tú digas. En fin... ¿Qué era lo que me ibas a decir en la playa? Pensé que era importante.

—Es importante. Escucha...

Alex posó sus largas manos sobre los hombros de Braulio.

—Esta noche, por mucho sueño que tengas, no te duermas.

—¿Por qué? —Braulio ya pensaba que Alex era un poco loco.

—No puedo decirte mucho aún, porque no me lo vas a creer. Cuando tú duermes, ellos vienen. ¡No los dejes entrar, Braulio! Por lo que más quieras, no te duermas. Te necesito a mi lado.

Braulio volvió a experimentar la sensación que había sentido esa mañana con Dante en el bosque: de que estaba por enfrentarse a algo terrible y desconocido.

Ya era muy tarde y no se escuchaba un solo ruido en toda la casa. Seguro que hasta su papá se había acostado antes, por causa de la champaña y los numerosos brindis de celebración por el emba-

razo de la mamá. "Pronto seremos cuatro", recordó, contento. ¿Sus padres seguirían persiguiendo corrientes marinas ahora que iban a tener un nuevo bebé que cuidar y alimentar? Mejor lo pensaba mañana. Se sentía muy cansado ahora. Cerró los ojos y una mano se apretó fuerte contra su boca.

—No grites. Y levántate ahora. Te advertí que no te durmieras.

Era Alex, hablando en cuchicheos. Braulio no lo había sentido entrar a la pieza.

El chico prendió la lamparita del velador y es-cudriñó los ojos de Braulio.

—Menos mal que sigues siendo tú. Llegué a tiempo —comentó.

—¿Qué pasa, Alex? Mis papás... —se asustó Braulio, levantándose de la cama.

—Baja la voz. Ellos no pueden ayudarte. Esta noche estamos solos. Sólo nosotros. ¡Ponte la ropa de una buena vez! Tenemos que irnos.

—¿Adónde? —Braulio agarró una chomba de lana chilota.

—Al lugar donde todo comenzó —fue la respuesta del muchacho, al dirigirse a la ventana.

Alex recorrió un poco la cortina. Una claridad lechosa se extendía sobre el horizonte. Debía ser la luz lunar, puesto que era más de medianoche.

La misma niebla de la noche pasada cubría la playa y los roqueríos. No había olas. El mar estaba en silencio. A la distancia, le pareció divisar un cúmulo de luces acercándose, cortando la noche.

—¿Qué son esas luces? —se extrañó Braulio.

—Son ellos. Vienen para acá. Esta noche es la noche —Alex ya no parecía muy seguro de sí mismo. Incluso lucía un poco angustiado.

De pronto, sintieron el crepitar de unos vidrios rotos y el grito terrible de una mujer.

—¡Es mi mamá! ¡Le pasó algo! —gritó Braulio, corriendo hacia la puerta.

Alex fue más rápido y se interpuso.

—No puedes hacer nada por ella. Tenemos que irnos. Es la única manera de salvarla —afirmó Alex, agarrando a Braulio del brazo y empujándolo por la ventana, que había quedado entrecabierta.

El niño cayó sobre la arena. Debía huir para pedir ayuda. Sin duda Alex quería secuestrarlo. Y sus padres... ¿Qué había pasado con ellos? El grito de la mamá había sido horror puro. ¡Tal vez Alex tenía un cómplice y le había abierto la puerta de la cabaña para que pudiera entrar! Alex saltó a su lado. Se había vestido con un polerón y unos pantalones de mezclilla de Braulio, que le quedaban un poco cortos.

—A los roqueríos, rápido! —ordenó, agarrándolo del brazo.

Braulio pensó en plantarle resistencia. Alex era mayor que él, pero flaco. En una pelea, seguro que hasta podría ganarle. Las luces enigmáticas ya estaban cerca de la isla. Braulio descubrió que eran botes y también venían algunas lanchas. Las personas que viajaban a bordo se alumbraban con linternas. ¿Estarían ahí para ayudarlos?

—¿Estás sordo o qué? ¡Tenemos que escapar! —Alex le sujetó con más fuerza el brazo. Braulio lo apartó de un empujón.

Iba a echar a correr hacia los botes, gritándoles que sus padres y él eran víctimas de unos ladrones, cuando su mundo entero dio un brusco giro y se puso de cabeza. La niebla repante había abandonado la playa para concentrarse en el mar, girando como si fuera espuma. Las aguas del océano se replegaron, formando una espiral semejante a un tifón tropical. Algo estaba emergiendo de las profundidades marinas. Lo que Dante y los aparatos de su papá habían avisado que vendría, ya estaba allí.

El fantasma de un barco pirata desmantelado hace más de un siglo emergió de las aguas. Sus velas blancas chorreaban el aliento salobre del mar y la luna negra que adornaba su bandera hizo palide-

cer de miedo a la luna real, que se ocultó en el cielo, detrás de una nube. Braulio no daba crédito a sus ojos.

Aquella nave tenía una estructura gigante como un castillo, una cubierta de popa muy alta, y dos velas enormes en los mástiles mayores y de proa. Pese a la distancia, Braulio creyó distinguir estelas rojas y blancas grabadas en el casco. "Llora lágrimas y sangre", se horrorizó.

—Es el Luna Negra —anunció Alex—. Vámonos.

A Braulio no le sorprendió que el chico supiera el nombre del barco pirata. Alex parecía conocer mucho acerca de lo que estaba pasando.

Echaron a correr hacia los roqueríos y se escondieron detrás. Alex comenzó a escarbar con desesperación, buscando algo a tientas. Braulio, desde su escondite, contempló como los primeros botes y lanchas llegaban a la isla, aprovechando la curvatura de la ensenada. Se le cortó la respiración al reconocer quienes eran. Se trataba de los habitantes de las islas. Reconoció a varios de sus compañeros de escuela, acompañados por sus padres. ¿Qué estarían haciendo ahí? Varios adultos se bajaron de los botes portando palas.

—Aquí está, entremos —anunció Alex, dejando al descubierto una pequeña cavidad en la roca, que

había estado oculta bajo un montón de algas.

—¿Es un escondite? —preguntó Braulio, perplejo. Pese al momento que estaban atravesando, Alex sonrió un poco.

—Es un pasaje submarino. ¿Cómo crees que llegué a tu isla sin tener que mojarme?

A través de las olas, una voz estridente, con fuerte acento extranjero, llegó hasta ellos. Quien hablaba arrastraba mucho las sílabas, remarcando las erres.

—¿Y el muchacho?

—Desapareció —contestó otra voz, en tono servil.

—*El no es importante. Atentos: el mapa llegará pronto. Cuando lo haga, traigan al prisionero a bordo.*

—Yes, mi capitán.

—*Y lleven a la mujer. Deseo saber por qué ella es tan especial* —ordenó la voz autoritaria.

—De inmediato, mi capitán.

¿"Capitán"? Braulio reconoció la voz. Era inconfundible. ¡Se trataba del capitán Valdivia! Aunque jamás le había escuchado hablar en un tono tan despiadado y mandón.

¿Y a qué mujer se refería? ¿Qué habían querido decir con eso de "*tan especial*"?

Alex tiró de él y lo arrojó al interior de la cámara submarina.

—¡Por qué hiciste eso? —se enojó. Ya estaba cansado de que lo empujaran y vapulearan como si fuera un saco de harina.

—Esos piratas tienen ojos detrás de la espalda —replicó Alex, sacando una cajita de fósforos del bolsillo y prendiendo fuego a una rama que sostenía en su otra mano.

La antorcha iluminó la oscuridad de la cueva. Se trataba de un túnel subterráneo con profundas paredes de roca sedimentaria que debían tener cientos o quizás miles de años.

“A mi papá le encantaría poder estudiar sus secretos”, pensó Braulio y una puntada de remordimiento le mordió el pecho. Había escapado sin saber qué le había sucedido a sus padres.

Alex tapó la entrada de la cueva con las algas y giró hacia Braulio: “Vámonos, tenemos que ir al viejo faro”.

—¿Por qué? —Para Braulio lo más importante ahora era comprender lo que ocurría. Ese barco fantasma no era un espejismo, era real. Y los habitantes del archipiélago estaban bajo una especie de hechizo.

—Cuando lleguemos, te lo diré —replicó Alex, alzando la antorcha e iluminando la ruta que debían seguir.

Echaron a caminar. De manera amortiguada, a Braulio le pareció escuchar pequeñas filtraciones de agua. La arena que pisaban era compacta pero húmeda. El aire, aunque espeso, resultaba respirable.

—¿Cómo sabías de este túnel? —quiso saber.

—Va de una isla a otra. Muy pocos saben de su existencia. Tengo la impresión que alguna vez, las dos islas fueron una sola, y que algo, como un maremoto o un gran cataclismo las separó —respondió Alex.

“Otro misterio de La Isla del Fin del Mundo”, se dijo Braulio.

Caminaron un rato largo sin hablar nada. Finalmente, llegaron a una oquedad en la cueva. Alex dio un golpe con el codo en una de las esquinas, abriendo una especie de puerta trampa horadada en la roca.

—Tú, primero —ordenó.

Feliz de que esta vez nadie lo empujara, Braulio atravesó la trampilla. Adentro estaba muy oscuro, pero la antorcha de Alex iluminó la serpenteante escalera de caracol que atravesaba el interior del viejo faro. El pasadizo hacia la cueva submarina se encontraba oculto justo debajo.

—¡El pasaje trae directo hasta el faro! —Braulio estaba muy sorprendido.

—Era una ruta de escape para el cuidador del faro y su familia por si aparecían piratas y otros habitantes indeseables —explicó Alex.

—Qué buena idea —asintió Braulio. Tenía sentido que los habitantes del faro tuvieran un plan B en caso de emergencia.

—No tanto. Los últimos habitantes del faro no lograron escapar del terrible capitán Clapton y su cruel horda de piratas. La familia completa desapareció. Nadie debía averiguar nunca dónde habían ocultado el tesoro —relató Alex.

—¿Cómo sabes todo eso? Nadie supo nunca lo que les ocurrió —interrogó Braulio—. Eso fue hace como dos siglos.

Alex utilizó la llama de la antorcha para encender una pequeña lámpara de parafina que colgaba de la pared. La levantó hacia el techo. Braulio tuvo la visión de un amplio cielo estrellado detrás de los ventanales sin vidrios del faro abandonado.

—Sí. Casi doscientos años. Pero ahora, después de tanto tiempo, Thomas Clapton ha regresado desde el infierno. Y es mucho peor que antes, porque si recupera su tesoro, se hará inmortal. ¿Me ayudarás a detenerlo, Braulio? —preguntó Alex, despojándose del sombrero de pescador.

Una cascada de pelo castaño rojizo cayó sobre sus hombros. Su mirada aguamarina era triste y al mismo tiempo implorante, propio de una persona que ha estado sola durante largo tiempo.

Braulio se quedó sin habla. Alex era en realidad, una muchacha y además, muy bonita. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Los había engañado a todos. “Uno termina viendo, lo que quiere ver”, razonó. Se sentaron en el frío suelo de piedra del faro. La débil llanita de la lámpara arrojaba sombras tenebrosas por los rincones.

—Presta atención porque no tenemos mucho tiempo. Debemos impedir que Clapton recupere su mapa y además su tesoro.

—Okay —aceptó Braulio.

—Escucha: la familia Magalhaes fueron los últimos ocupantes del faro, a fines del siglo XVIII. Una noche de tormenta, vieron un galeón tratando de alcanzar la costa. El cuidador, un hombre amable y responsable, trató de guiarlos con la luz que emitía el faro, sin darse cuenta que se trataba del Luna Negra, uno de los buques piratas más temidos por aquel tiempo.

—Bueno. El no tenía cómo saber eso. ¿Verdad? —intervino Braulio.

Alex asintió.

—Pero a veces la ignorancia se paga de un modo terrible.

—¿Qué sucedió cuando el señor Magalhaes se dio cuenta de su error?—preguntó Braulio.

—Quiso poner a salvo a su esposa y a su hija, llevándolas a la cueva subterránea para que huyeran, mientras él trataba de distraer a los piratas, que estaban tomando por asalto el faro.

Braulio se dio cuenta de que las palabras de Alex, e incluso su acento, recordaban a un habitante de otras épocas.

—Su jefe, el capitán Clapton, era el hombre más siniestro que te puedas imaginar. Vestía de seda negra y su barba era tan oscura como su alma. El muy arte-ro decidió hacer algo horrible con el señor Magalhaes. Ya había elegido el sitio donde ocultar su tesoro pero descaba dejar con él un cuidador—prosiguió Alex.

—¿Un cuidador?—preguntó Braulio.

—Los piratas tenían la costumbre de dejar algún prisionero encadenado a sus tesoros, para que el alma del desdichado cuidara de sus riquezas hasta que ellos volvieran a buscarlas.

Braulio recordó las palabras de la señorita Monje: “los piratas eran muy supersticiosos”.

—¿Y sepultó con él al señor Magalhaes?—. Eso había sido una canallada.

—Sí, pero Magalhaes se encargó de llevarse algo con él—replicó Alex, con la mirada fija en la llama de la lámpara de parafina.

“Alex no está inventando nada. Por algún motivo, ella sabe todo lo que ocurrió aquí”. Braulio sintió escalofríos.

—Magalhaes le arrebató a Thomas Clapton lo que más apreciaba en el mundo: su moneda de la buena suerte. Se la arrancó de las manos y la arrojó al mar, el cual la engulló como si quisiera castigar al pirata por todo el dolor y la miseria que había provocado en el mundo.

—¡Conque así fue como la perdió!—ahora todo tenía sentido.

—Y en cuanto el océano se la hubo tragado, su fortuna desapareció con ella. La tempestad recrudeció y una gran ola brotó desde lo profundo y casi hundió al Luna Negra con todos sus ocupantes.

—¿Y el tesoro?

—También lo consumió el océano. Ni siquiera el propio Clapton sabe muy bien donde se encuentra ahora, porque había marcado la moneda para que le sirviera de mapa y después de tanto tiempo el paisaje ha cambiado. Las olas lo cubrieron todo.

Braulio se acordó de las extrañas muescas en los bordes del doblón español que les había mos-

trado el señor Braun la tarde anterior. Miró a Alex a los ojos.

—Yo vi esa moneda hace poco —confesó.

—Lo sé. Alguien la sacó del fondo del mar y al hacerlo convocó el alma del pirata y al fantasma del barco, incluyendo a su tripulación.

—Y eso está buscando: poder sacar su tesoro de donde está enterrado —comprendió Braulio.

—En efecto. El tesoro es su llave para la inmortalidad porque está maldito. Por mientras, él y su gente sólo pueden poseer a las personas cuando éstas duermen.

—¿Poseerlas? —se horrorizó Braulio. ¿El espíritu del pirata era quien estaba dentro del cuerpo del capitán Valdivia?

—Sí. Poseerlas. Es lo que han estado haciendo desde que llegaron. Clapton utiliza a las personas como títeres para que busquen el tesoro por él, cavando en las playas del archipiélago. Con poco éxito, sin el mapa. Pero esta noche todo cambió: la persona que lo tiene viene para acá.

—¿Y si Clapton recupera el doblón? —se atragantó Braulio.

—Tendrá más poder que nadie en la tierra y las personas que han sido poseídas jamás despertarán. Serán sus sirvientes para siempre —finalizó

Alex, poniéndose de pie.

Braulio pensó en sus padres, en ese hermano que aún no nació y en todos sus amigos de la escuela. Se levantó del suelo de piedra.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Cómo mandamos a ese pirata mañoso de vuelta al infierno? —quiso saber.

Alex se pasó la mano por el pelo, nerviosa, y alzó la lámpara.

—Plantándole pelea —anunció, decidida, con un brillo inusual en sus ojos aguamarina.

Braulio y Alex regresaron a La Isla del Fin del Mundo utilizando la cueva subterránea. Encontraron la playa desierta y los botes abandonados. ¿Dónde habrían ido las personas?

—Clapton se las llevó al Luna Negra —dijo Alex.

—¿A bordo del barco pirata? Eso iba a hacer mucho más difícil el poder rescatarlas.

En medio del mar, el galeón irradiaba a la distancia una extraña fosforescencia y sus velas, rígidas, parecían inmunes al viento marino. Lo rodeaba la enigmática neblina que parecía ir con él a todas partes.

—No creo que sea tan difícil llegar hasta él. La misma niebla nos servirá de camuflaje —decidió Alex, eligiendo un bote de los muchos que había varados en la arena.

Se trataba de un trajinado bote de pesca, con cuatro remos, lento pero seguro.

Mientras remaban a dos bandas, Braulio recordó el curioso dolor de brazos y el calambre de esa mañana. La noche anterior... ¿Lo habría poseído uno de los esclavos del pirata fantasma? Mejor ni pensarlo. Era escalofriante que alguien te quitara tu cuerpo. Tomó aliento y siguió remando, como pudo, porque Alex lo hacía mejor que él, pese a sus brazos flacos. Se notaba que estaba acostumbrada a las faenas del mar.

—¿De dónde eres, Alex? —interrogó.

—De muy cerca o de muy lejos. No sé, depende de cómo se mire, supongo —respondió la muchacha. Braulio ya estaba harto de tanto misterio. Cuando iba a protestar notó un movimiento fugaz debajo de un montón de redes en el fondo del bote.

—¡Ahí hay alguien! —exclamó.

Alex extrajo un remo del agua y lo sostuvo en alto, dispuesta a darle un golpe en la cabeza al intruso. Le hizo una señal a Braulio y éste apartó de un tirón el amasijo de redes.

Apareció la encogida y llorosa figura de Dante. El niño les miró con auténtico espanto.

—¿Qué haces aquí? —Dante era la última persona que había esperado encontrar.



El chiquillo escudriñó sus ojos y pareció aliviado.

—Mi mami salió de la casa sin decirme y yo no me quería quedar solito. Partí detrás y me escondí aquí. ¡Ojos negros feos!

Braulio aún no entendía qué quería decir Dante con eso de los ojos negros Y tampoco cómo el niño se había escapado de ser poseído por los fantasmas del barco.

Alex observó atentamente a Dante por un momento.

—*Él es diferente* —comentó—. Creo que por eso los espíritus no pueden entrar en él.

—¿Eso es bueno o malo? —dudó Braulio.

—No lo sé. Pero puede que nos sea útil —dijo Alex.

—¿Puedo ir? —rogó Dante, como si estuvieran en medio de un paseo de turismo, en vez de estar a punto de abordar un barco embrujado comandado por un alma maldita.

—Claro que puedes —sonrió Alex.

Dante se puso muy contento y hasta tomó un remo para ayudar, salpicándolos de agua salada.

A Braulio no le gustó nada el tono de Alex. A la joven no parecía importarle poner en peligro la vida de un inocente en medio de su enfrentamiento con el pirata Clapton.

Pero no tenía caso discutir ahora; ya estaban los tres metidos en esa aventura y no podían dar marcha atrás.

“Tres intentarán detenerlo. Y uno de ellos, se irá para siempre”, habían sido las palabras de Dante en medio de uno de sus trances, recordó. ¿Cuál de ellos no vería nunca más el amanecer? De súbito, Dante soltó el remo y señaló el agua, chillando.

—¡Hay una persona allí!

Unos brazos emergieron del mar, apresando el bote. Apareció una cabeza blanca y barbuda, con ojos de cuencas negras, como recubiertos de aceite. Braulio lo reconoció en seguida. Era el Corvina, uno de los pescadores artesanales de las islas. Y ahora uno de los poseídos del capitán Clapton. Alex levantó su remo para golpearlo en la cabeza, pero otras figuras de ojos negros surgieron de las aguas, haciendo tambalear la embarcación. Una de ellas agarró a Dante por el cuello, tapándole la boca. Dos pares de brazos sujetaron a Braulio por la espalda.

—Llévennos con su capitán. Nos rendimos —Alex soltó el remo y alzó las manos, en señal de rendición.

Braulio no podía creerlo. ¿Y el elemento sorpresa?

Su amiga le guiñó un ojo.

—Este comité de recepción nos va a llevar justo donde queríamos ir. A bordo del Luna Negra.

Braulio siempre pensó que un barco pirata debía ser una especie de espejismo, pero la cubierta de ese galeón se sentía sólida bajo los pies. El capitán Valdivia, o sea Clapton, los esperaba rodeado de sus secuestrados de ojos negros. Los suyos no eran color carbón, sino amarillos como los de una pantera salvaje.

—*Tres moscas cayeron en mi trampa.*

La sonrisa blanca del capitán Valdivia era ahora cruel y altanera. Vestía de negro. Con razón Dante había hablado del "hombre oscuro".

—Nosotros vinimos porque quisimos —afirmó Braulio, tratando de no mostrar demasiado susto.

—¿Cómo nos descubrieron?—. Alex se había calado otra vez su gorra de pesca.

—*Yo sentí sus almas, niños. Escuché su miedo venir hacia mí —se saboreó el pirata—. Pero es extraño. Yo esperaba dos, pero ustedes son tres.*

El Capitán se paseó alrededor de los tres niños, intrigado. Después puso su mano en la frente de Dante, que temblaba entero y gemía bajito, llamando a su mamá.

—*Yo no puedo leer tu mente, chico —descubrió el Capitán, preocupado—. ¿Por qué?*

Alex, en tanto, miraba al pirata con un odio inmenso. El alma de Clapton reparó en ella.

—*Tú me conoces... ¿De dónde me conoces?* —quiso saber el Capitán, chasqueando la lengua.

El sonido de una lancha que se acercaba los interrumpió. El pirata se frotó las manos, emocionado.

—*Ya viene. Ya viene. ¡Mi suerte volará hoy!* —rió, con una carcajada feroz y triunfante.

El bucanero estaba por recuperar su doblón de oro perdido.

Un nuevo prisionero subió a bordo, escoltado por otra de las marionetas de Clapton. La señorita Monje traía de manos atadas al señor Braun, el arqueólogo, que lucía entre confundido y aterrorizado.

—¡Mamita! —gimió Dante.

La profesora no dio indicios de reconocer a su hijo. Sus ojos eran dos insondables trozos de carbón. Dante se puso a llorar.

El Capitán avanzó hacia ellos.

—*Dame lo que es mío y te permitiré vivir, mi amigo —le dijo a Braun.*

Este trató de mostrarse valiente.

—Valdivia, qué es toda esta pantomima. ¿Se trata de una broma pesada?

—*¡Cállate y entrega mi moneda de oro ahora!* —exigió el pirata, con rabia.

—¡No, señor! ¡No lo haga! —le advirtió Alex.

Braun trató de resistir, pero Valdivia (Clapton)

forcejeó con él y le arrebató algo de los bolsillos.

—*Finalmente, mi tesoro. ¡Aquí!* —bramó el pirata, alzando la moneda de oro.

—Es el fin —dijo Alex. Una lágrima resbaló por su mejilla.

El doblón español refulgió igual que esa tarde en la lancha. Las velas del barco empezaron a ondear, impulsadas por un viento invisible.

El Luna Negra se estaba moviendo.

—*El barco lo sabe; nos lleva donde está oculto mi tesoro* —rió Clapton—. *¡Viviremos para siempre!*

Braulio no podía aceptar que terminara de ese modo.

—Tenemos que pelear. Somos los únicos que podemos —le dijo a Alex.

Ella asintió con la mirada. Tomó a Dante de la mano y los tres corrieron por la cubierta del barco, en dirección a los camarotes. Los sirvientes de Clapton no hicieron nada por detenerlos. Sus ojos de cuencas negras estaban clavados en la moneda de oro que sostenía su capitán, quien los estaba guiando hacia esa fortuna por tanto tiempo enterrada.

Braulio pensó que bajo la cubierta estaría lleno de calaveras y telarañas como el barco de una película de

terror, pero todo lucía extremadamente limpio y reluciente, como en sus mejores tiempos. Lámparas de gas situadas en los corredores de madera prestaban una claridad ambárica. Si no hubieran estado en peligro, lo habría encontrado hasta bonito.

—*¡Bah! ¡Déjenlos ir por ahora! Tenemos cosas más importantes que hacer!* —escucharon gritar al pirata desde la cubierta.

¿Encontrarían algo abajo que les permitiera defenderse?

—¿Qué hay ahí? —indicó Dante. Una luz se filtraba por entre unas cortinas de terciopelo. Alex las apartó de un manotazo.

Se encontraron en una estancia que parecía ser el comedor de gala del Luna Negra. Había candelabros de plata, objetos de peltre y algunas botellas de licor de diversos países. Y sobre una larga mesa ovalada...

La mamá de Braulio, en camión blanco, reposaba con los ojos cerrados, como si disfrutara de un tranquilo sueño. Tenía ambas manos cruzadas sobre el pecho.

—Mamá... —la remeció Braulio.

La mamá no despertó. Pero su respiración era suave y regular. Alex le revisó los ojos. No eran negros. Sino castaño dorado, como siempre.

—No es uno de ellos —comentó Alex—. Deben haberle dado algo para dormir. ¿Qué querrán hacer con ella?

—El pirata habló de una mujer especial. ¡Se trataba de mi mamá! —gritó Braulio.

—¡Cuidado! —advirtió Dante. Una figura avanzó entre las sombras.

Era el padre de Braulio. Pero sus ojos completamente negros no destilaban emoción alguna. Sus brazos, con las manos crispadas, se extendieron directo hacia el cuello de su hijo. No logró alcanzarlo. Alex lo dejó fuera de combate con una botella de ron medio vacía. El papá se cayó al suelo y no se movió más.

—Lo siento mucho. Era la única manera —explicó Alex, revisándolo—. Sólo está desmayado. Aquí estará tranquilo mientras le sacamos ese espíritu que tiene dentro.

—¿Cómo? —Braulio seguía choqueado por haber visto a su padre en ese estado.

—Algo se nos tiene que ocurrir —contestó la chica, estudiando la pared. Colgando de un gancho, una cimitarra dorada, similar a una espada pero con hoja curva y piedras preciosas en su mango de nácar, parecía haber capturado su atención. La descolgó, satisfecha.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Braulio.

Alex blandió la cimitarra, cortando el aire.

—¿Qué mejor defensa contra un pirata fantasma que una de sus propias armas? —sonrió su amiga.

No era una buena respuesta, consideró Alex, teniendo en cuenta que el fantasma ocupaba ahora un cuerpo ajeno. Y uno que le pertenecía a un buen hombre, como era el capitán Valdivia.

El Luna Negra avanzó hasta alcanzar una posición equidistante entre el faro abandonado y La Isla del Fin del Mundo. Clapton hacía girar el doblón de oro en su mano, invocando a la suerte.

—10 grados a estribor, 82 millas hacia el oeste —apuntó satisfecho, consultando las muecas de la moneda—. ¿Cómo puede olvidarlo?

Y a continuación alzó la moneda. Hubo un destello. Las aguas del mar se replegaron como una cortina, dejando el fondo al descubierto. Algunos peces, tomados de improviso, no alcanzaron a huir. Clapton rió y ordenó:

—*Empiecen a cavar! ¡Abi abajo está mi tesoro!*

La tripulación se puso manos a la obra. Bajaron el ancla en el recién creado banco de arena y bien provistos de palas, todos los poseídos descendieron del barco.

—*Finalmente, después de tanto tiempo* —se regodeó el pirata.

—Tienes razón, después de tanto tiempo —sintió una voz. La punta de la cimitarra le aguijoneó la espalda.

—No te muevas. O te atravieso. Tal vez tú no mueras tan fácil. Pero tu huésped sí —lo amenazó Alex.

Braulio y Dante corrieron a desatar al señor Braun.

Sin girar, Clapton emitió una de sus pavorosas risas y abrió los brazos.

—*Ya es hora de que nos veamos las caras, mi pequeño amigo* —anunció.

—¡Qué es eso! —señaló el señor Braun, quien se frotaba las muñecas entumecidas.

El cuerpo del capitán Valdivia proyectaba ahora dos sombras. Una de ellas más larga que la otra. Finalmente, ésta empezó a brotar del piso de la cubierta, cobrando vida por sí misma. El capitán Valdivia cayó al suelo, desvanecido. El verdadero Clapton apareció frente a ellos. Pálido como un cadáver o un vampiro, vestido de seda negra y calzado con botas altas. Su barba era color azabache y el pelo largo lo tenía agarrado en una coleta. Reía con dientes muy blancos y sus ojos amarillos resplandecían de triunfo y de maldad.



—¡Libre! ¡Finalmente! ¡Libre! —gritó a todo pulmón.

—Y desarmado —Alex blandió la cimitarra, puesta a cortar al pirata en dos.

—*Yo no diría tanto* —apuntó éste. Una espada de acero forjado se materializó en su mano—. *¿Estás listo, muchachito? Pero te advierto que a Thomas Clapton no lo ha vencido nunca ningún hombre en combate.*

—Tal vez así sea. Pero yo... soy una mujer —aclaró Alex, despojándose del sombrero de pescador y sacudiendo su abundante cabellera rojiza.

—¿Tú? ¿Aquí? —gritó Clapton, encolerizado, arrojándose sobre Alex, preparado para atravesarla con su espada.

Braulio se dio cuenta que si el pirata conocía a su amiga, eso sólo podía significar que la había visto antes, en otra época.

¡Clapton no era el único fantasma de cuerpo presente en ese barco! Alex y el bucanero comenzaron un duelo a muerte. Sus armas rasgaban el aire con ferocidad, tratando de alcanzar el pecho de su enemigo. “Las espadas de los fantasmas serán tan letales como las reales?”, se inquietó Braulio.

—¡Braulio! ¡Qué haces! ¡Tienes que impedir que desentierren el tesoro! —le gritó la joven, eva-

diendo el filo de la espada de Clapton con una ágil voltereta.

—Tu amiga tiene razón —apuntó el señor Braun—. El tesoro parece ser la clave.

—¡Vamos! —se decidió Braulio, buscando a Dante.

El niño estaba otra vez con la mirada perdida en el horizonte.

—*El mal no debe vivir nuevamente* —musitó, con su voz especial.

—¿Qué le pasa? —se extrañó Braun.

—Dante se conecta con alguien, igual que una radio. Vamos, él va a estar bien —contestó Braulio, corriendo hacia la rampa del costado del barco.

Fuera lo que fuera lo que hablaba a través de Dante, era opuesto a la fuerza diabólica de Clapton. Se trataba de algo bueno, que los estimulaba a luchar y a no dejarse vencer. Y ese algo no permitía que le pasara nada malo a Dante.

Bajaron corriendo del galeón. Lo último que Braulio vio fue la figura atlética de Alex, brindando lo mejor de sí en su lucha contra el pirata, quien se reía de modo salvaje y burlón, y a Dante, con la mirada perdida.

Junto a Braun corrieron hacia el lugar donde la gente de ojos negros cavaba sin descanso para extraer el tesoro.

—*Tú puedes hacerlo: creo en ti* —pronunciaron los labios de Dante.

Los ojos del niño se enfocaron en el cuerpo inconsciente del capitán Valdivia.

Braulio y el señor Braun llegaron hasta la multitud, sin saber muy bien qué debían hacer. No estaban armados y los poseídos los superaban en número, pero debían evitar que extrajeran el tesoro del fondo del mar. A su costado, el muro acuático recordaba una película bíblica. La gente de ojos negros había avanzado mucho y ya se distinguía algo semienterrado en la arena.

Braulio pensó que tenía que hacer algo, atraer su atención. Entonces, se plantó en medio y gritó:

—¿Por qué hacen esto?

Tuvo éxito. Varias personas dejaron de cavar y lo miraron con sus inquietantes ojos de caverna oscura.

—¿Qué haces, chico? —se atemorizó Braun. Algunos de los poseídos se empezaron a acercar, con rostros inexpresivos.

—Clapton los usó en vida para cometer sus crímenes y ahora los sigue utilizando en la muerte. ¿Es que nunca van a descansar en paz? —les recordó Braulio.

Hubo unos instantes de silencio y luego, ante su sorpresa, varios poseídos dejaron caer las palas. Pero otros siguieron trabajando.

—Si Clapton recupera su tesoro, serán sus esclavos para siempre —afirmó Braulio.

Los que todavía cavaban dejaron de hacerlo.

—¡Observa eso, muchacho! —señaló Braun.

Braulio miró. Un cofre negro con remaches de plata estaba enterrado en el banco de arena. Encimado, atado con gruesas cadenas, un esqueleto encogido mostraba sus huesos desnudos.

—El cuidador del faro. Clapton lo dejó como guardián del tesoro —comentó.

—Te equivocas. Soy arqueólogo. ¿Recuerdas? Ese no es el esqueleto de un hombre, es la osamenta de una mujer —aclaró el señor Braun.

¿Por qué Alex le habría contado aquella otra historia? Pero no había tiempo para pensar en eso ahora. La gente de ojos color petróleo los rodeó. Varios dejaron caer sus brazos, en gesto de derrota. Pero de pronto, uno de ellos volvió a tomar la pala, violentamente. Braulio y el señor Braun creyeron que los iba a atacar.

El secuaz del pirata hundió la pala en el suelo y lanzó un montón de arena encima del esqueleto. Muy pronto, otros se le unieron. Braulio y el señor Braun quedaron asombrados. ¡Los habían convencido y ahora trabajaban para volver a enterrar ese tesoro maligno! Era un auténtico motín.

—*¡Qué hacen, traidores!*—se escuchó una voz terrible, a lo lejos.

Por el borde de la cubierta, apareció Thomas Clapton. Tenía agarrada a Alex del pelo y la hoja de su espada muy sujeta contra la garganta de la chica.

—*¡Traigan aquí mi tesoro o ella morirá!*—amenazó.

Los poseídos siguieron trabajando como si nada. El cofre empezó a quedar cubierto de nuevo.

—¡Suéltala, Clapton! ¡Estrás solo! ¡Ellos te abandonaron!—le gritó Braulio, ahuecando la boca con las manos para que el pirata pudiera oírlo.

Clapton agarró a Alex desde los hombros y brincó desde el puente del barco en un salto imposible.

—Ese crápula, además puede volar—rezongó Braun.

El Capitán llegó hasta ellos, sin soltar a su rehén. Alex no parecía asustada, sino más bien furiosa consigo misma por haber sido derrotada en la pelea.

—*Peleaste bien, Alexandra. Pero ésta es mi noche. La noche de mi victoria*—sonrió el pirata, apretando la espada contra el cuello de Alex, dispuesto a degollarla si no hacían lo que él quería.

—¡Déjala, monstruo!—gritó Braulio.

—Braulio. No te preocupes por mí. Yo ya estoy muerta—rogó Alex.

—Silencio!—El pirata le tiró el pelo. Después miró a Braulio:

—Escucha. Debemos trabajar juntos. Comparir. El tesoro y todo lo demás. Tú y yo como hermanos, para siempre.

—¿Hermanos?—se asustó Braulio.

—*¡Hermanos! ¡Eso seremos, hermanos!*—exclamó Clapton.

—Para eso quería a tu mamá. Sabe que está embarazada y quiere renacer en el cuerpo del bebé. Por eso no pudo poseerla—sollozó Alex.

—¿Qué?—Braulio sintió náuseas.

—*¡Dos almas y un solo cuerpo!*—rió Clapton, con ojos de loco—. *Yo volveré a nacer, con toda mi furia. Y el mundo lo pagará. Después de todo... ¡Recupere mi suerte!*

—¡Nunca tendrás a mi hermanito, pirata del...!—Braulio se abalanzó sobre Clapton, pero Braun lo sujetó del brazo.

—¡Mira eso, hijo!—advirtió, indicando el barco.

La silueta inconfundible de Dante sobresalía desde la cubierta. Y en su mano brillaba el doblón de oro.

Clapton lo había olvidado por completo cuando abandonó el cuerpo del capitán Valdivia para pelear con Alex.

—¡Mi moneda dorada! —chilló Clapton, soltando a Alex, preparado para volar de regreso hacia el Luna Negra.

Dante fue más rápido. Con toda la fuerza de sus brazos regordetes, arrojó la moneda por la borda, en dirección de una de las cortinas de agua. El doblón español fue absorbido al instante por el mar.

—El océano quiere de vuelta lo que considera suyo —sonrió Alex.

—¡No! ¡No! ¡No! —gimió el pirata, desesperado.

De los cuerpos de los poseídos surgieron siluetas color esmeralda, de apariencia vagamente humana. Todas las personas, libres al fin de los espíritus, cayeron al suelo desmayadas. Las sombras sujetaron a su antiguo capitán por los brazos y las piernas, arrastrándolo hacia donde yacía el cofre.

—¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Déjenme ir! —imploró Clapton, como un niño angustiado.

—¿Qué van a hacer? —se asombró Braulio.

—Quería el tesoro. Y ahora lo tendrá, pero no del modo en que deseaba —explicó Braun.

La tripulación del Luna Negra amarró a su ex capitán al cofre utilizando la misma cadena que lo circundaba. Para hacerlo, tuvieron que soltar el antiguo esqueleto.

Alex sonrió, de manera misteriosa.

—Libre. Al fin —musitó.

Y Braulio al fin lo comprendió todo.

El cofre y el capitán Clapton, aún debatiéndose pese a las cadenas inexorables que lo sujetaban, empezaron a hundirse, tragados por arenas movedizas. El fantasma, preso para siempre, gemía como un animal en una trampa. Ahora estaría junto a su tesoro, pero sin su suerte, hasta el fin de los días.

La señorita Monje se acercó a ellos. Sus ojos seguían siendo negros.

—Muchas gracias. Este gesto de piedad, nos ha salvado —dijo, en un tono de voz asombrosamente grave.

Una luz verdosa emergió de su pecho y voló hacia las estrellas. Todas las siluetas de los tripulantes del barco fantasma hicieron lo mismo, en un mar de almas que buscó las constelaciones para navegar en el azul del cosmos.

—¿Ganamos? —Braulio estaba atónito.

Pero en ese momento, el barco pirata se disolvió en el banco de niebla. Y el hechizo que mantenía agrupadas las aguas se fue con él. Estas se precipitaron sobre adultos y niños por igual, dispuestas a ahogarlos y arrastrarlos con ellas hacia los secretos del fondo marino.

Braulio soñó que se ahogaba. Su cuerpo pesado caía sin remedio hacia las profundidades acuáticas y nada podía hacer. Sólo morir.

Pero una joven de cabello rojizo llegaba nadando hasta él y lo sujetaba por la cintura, impulsándolo hacia arriba, donde una claridad brillante se colaba a través de la superficie del mar. Y sus bellos ojos aguamarina brillaban de ternura y agradecimiento.

Libre al fin...

Y no estaban solos. Muchos brazos y manos se extendieron hacia él. Desde todas direcciones, buscando ayudarlo.

Braulio abrió los ojos y se sentó en la cama, confundido. Era de mañana. El despertador se había olvidado de sonar otra vez. Iba a llegar tarde a la escuela. "¡Qué sueño más increíble!", se dijo, incorporándose. Barcos embrujados y piratas fantasma. Buen material para un cuento. La puerta de la pieza se abrió y asomó su papá.

—Al fin despertaste, campeón —sonrió.

En su frente, lucía un feo chichón, justo donde Alex le había pegado con la botella de ron de Jamaica.

—¿No... no fue sueño? —preguntó, asombrado.

—¿Qué es la vida sino un largo sueño? —rió su papá, en tono filosófico.

En el comedor se encontraban el capitán Valdivia y el señor Braun tomando té con tostadas y miel. En un rincón, Dante saboreaba un vaso de leche con chocolate, mientras la señorita Monje le acariciaba el pelo.

—¿Cuántos...? ¿Cuántos murieron? —preguntó Braulio, asustado.

—Nadie, amigo mío. Afortunadamente, la guardia costera llegó a tiempo y logró rescatar a la gente del mar. Algunos se resfriaron, pero estarán bien —lo tranquilizó Braun.

—¿Cómo llegaron tan rápido?

El capitán Valdivia mostró los restos todavía húmedos de su teléfono celular.

—Siempre lo llevo conmigo. Y lo utilicé en cuanto volví en mí encima de la cubierta de ese barco embrujado. Por supuesto, no les dije que se trataba de un pirata de siglo XVIII sino de un naufragio. ¡Que si no, no mandan a nadie! —rió.

Braulio sonrió y se acercó a Dante.

—Tú nos salvaste. Fuiste muy valiente —le dijo, abrazándolo.

—Mi mami dice que Dante es especial —dijo Dante, feliz.

—¡Y es verdad! ¡Eres más especial que nadie que yo conozca! —sostuvo Braulio.

La sonrisa de Dante se hizo aún más ancha, profunda y feliz.

—¿Braulio y Dante amigos? —preguntó.

—¡Amigos para siempre! —contestó Braulio, dándole otro fuerte abrazo.

Se abrió una puerta y apareció la mamá, vestida con su kimono rosado. Braulio sonrió, aliviado. Ella y el bebé estaban bien.

Su mamá lo besó y acarició como si fuera un niño chico, delante de todos.

—Mi pequeño héroe —lo miró con dulzura.

—¡Mamá! —Braulio trató de soltarse, un poco avergonzado. Todos rieron—. Algún día este bebé sabrá cómo el hermano mayor tan increíble que tiene salvó a todo el mundo y a él también, incluso antes de que naciera —añadió la mamá.

Sólo faltaba Alex.

“Tres se le enfrentarán y uno de ellos se irá para siempre”, había dicho la voz a través de Dante. Esa voz que nunca se equivocaba. Alex había regresado, finalmente, junto a su padre y su madre. No era el señor Magalhaes sino su hija Alexandra quien había sido condenada a ser el guardián del tesoro.

Esa tarde, Braulio contempló la puesta de sol en el mar. En su palma sostenía ahora el caza refle-

jos de Alex. Se lo había dejado encima del velador, como regalo de despedida. En el pecho, Braulio sintió nacer la cálida esperanza de que un día, en un mundo más justo y bueno, Alex y él volverían a encontrarse.

5 Tres toques

Lina y Tristán me quedaron mirando con la boca abierta.

—¿De dónde sacaste una historia tan top? —viniendo de Lina, eso equivalía a sacarse la mejor de las calificaciones.

—¡Está bacán! —afirmó mi hermano Tristán.

—El otro día estuvimos jugando a los piratas en el colegio y se nos ocurrió enterrar una pelota de fútbol vieja como si fuera un tesoro —contesté, tratando de parecer modesto, pero en el fondo súper orgulloso por el éxito de mi relato.

La bolsita de chocolates de premio quedó para mí.

—Aunque, ojo, les advierto que deben juntar muchos chocolates durante la semana, porque el domingo que viene les voy a traer una historia que les va a helar la sangre —nos advirtió Lina antes de bajar del peral. Los grandes nos estaban llamando, porque hace rato que estaba listo el almuerzo.

Pero no hubo otro domingo como ése.

El martes por la tarde, estaba dibujando un mapa para la tarea de Historia, cuando golpearon la puerta de calle. Fui a abrir. No había nadie afuera.

Un toque.

Poco después llegó Tristán desde la pieza. Estaba leyendo un comic cuando lo interrumpió un ruido en la ventana. Se asomó a mirar: el patio estaba desierto.

Dos toques.

Luego llamó Lina por teléfono. Nos contó que se estaba lavando el pelo cuando escuchó que alguien tocaba la puerta del baño, muy fuerte. Se había extrañado mucho al no encontrar a nadie en el pasillo.

Tres toques.

Tristán se rascó la cabeza.

—¿Te acuerdas de lo que nos contó la abuelita Ana una vez? ¿Qué cuando te vas al cielo un ángel te viene a buscar y para que tu familia no se asuste se anuncia con tres toques?

Claro que me acordaba. La abuela Ana era quien nos había enseñado a amar las historias de fantasmas. “En la oscuridad también puede haber luz, encerrada. Y la luz es fuerte: siempre se libera”, decía.

Más tarde, llegaron nuestros papás a buscarnos para ir urgente al hospital. La abuelita había sufrido una grave caída en la calle.

Han pasado muchos domingos desde entonces. El abuelo vendió la casa, que había quedado muy grande para él solo, y se fue a vivir a un condominio. La casita arriba del peral quedó abandonada y vacía.

¿O no?

Porque ahora que escribo estas historias para no olvidarlas y recuerdo los lentes redondos de Tristán, la trenza rubia de Lina y los espeluznantes espíritus que evocábamos cada domingo, siento que nunca nos fuimos.

Y me doy cuenta que la abuela Ana, los fantasmas de mediodía y nuestra querida casita del árbol continuarán para siempre vivos en mi memoria.

ÍNDICE

1. Fantasma de mediodía.....	5
2. Arráncame el corazón.....	9
3. El Bandido	27
4. La Isla del Fin del Mundo	51
5. Tres toques.....	115

la Buena letra

A partir de 12 Años

Fantasmas de mediodía

JAIME HERRERA D'ARCANGELI

¿Puede existir para los niños Lina, Tristán y Pedro algo más atractivo e interesante que contar espeluznantes historias de fantasmas, historias llenas de fantasía y de asombro? ¡Y, además, hacerlo en una casa instalada en la copa de un árbol? Esta es la tónica de este entretenido libro donde se narra la historia de un misterioso niño que le salva la vida a otro a través de contactos realizados en los sueños; o de un perro fantasma que escondido en el hueco de un tronco aterroriza a sencillos campesinos y, finalmente, una extraordinaria aventura de piratas fantasmas, faros en una isla del fin del mundo, enigmáticas monedas que arrastran al poder desconocido y al peligro.

Este libro se constituye en una excelente invitación para disfrutar de la buena lectura, plena de aventuras, viajes a territorios lejanos y donde se podrá seguir la huella de personajes misteriosos y fantásticos.



